

Charles
BOYER *in*

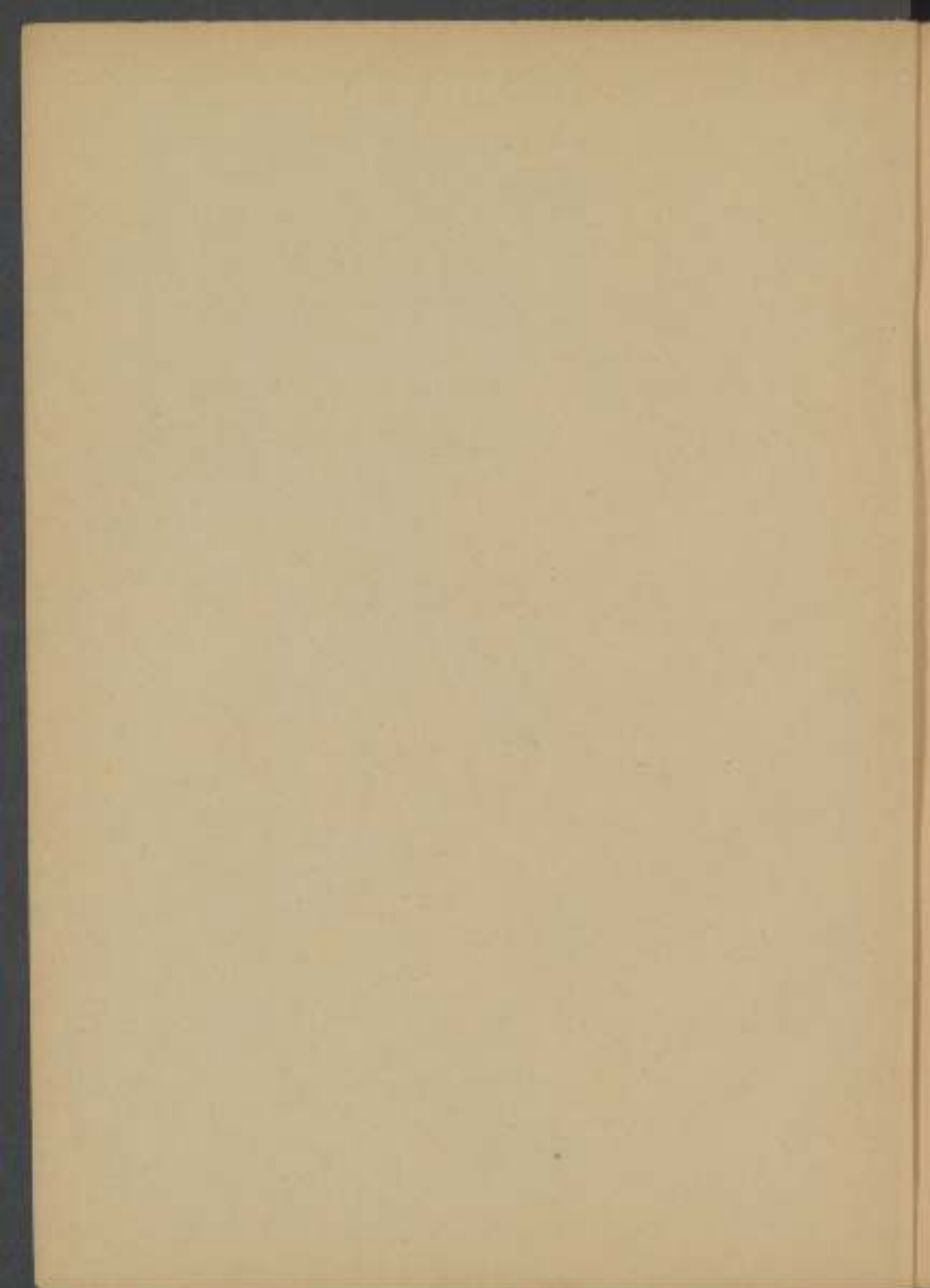
ARGEL

with
HEDY LAMARR
SIGRID GURIE
JOSEPH CALLEIA





A R G E L



EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

ARGEL

Magnífico asunto dramático, cuya acción se desarrolla en el
barrio argelino de la Casbah.

Dirección de
JOHN CROMWEL

Distribución
WALTER WANGER



FLORALVA

PRINCIPALES INTERPRETES:

Charles Boyer

Hedy Lamarr

Sigrid Gurie

Joseph Calleia

**Argumento narrado por
Ediciones Bistagne**

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

A R G E L

Argumento de la película

Había llegado de París enviado especialmente para lograr detener al ladrón internacional que había encontrado refugio seguro en aquella ciudad cosmopolita e intrincada en la que tenía asiento todo lo que de ruín y despreciable arrojaba de su sociedad cada país.

El inspector, desconocedor del riesgo y las dificultades que ofrecía la captura del reo de tantos delitos, se había enfrentado con el jefe de policía de Argel y le cohaba en cara su decisión, su falta de voluntad, su poco celo, como si estuviera convencido de que él solo podría lograr, en unas pocas horas, lo que en el colegio no había logrado en muchos meses.

—No me interesa escuchar sus excusas acerca de las condiciones lo-

cales... ¡Ya me las sé de memoria! Se trata de un criminal cuyas fechorías le han hecho famoso en toda Europa... Se escapó de París con una fortuna en joyas, y, durante dos años, ha estado ocultándose aquí, en la misma ciudad de Argel... ¡y a pocos pasos de esta jefatura! — gritaba el delegado especial, dirigiéndose a Louvain, el jefe de policía de la ciudad de Argel.

—Desgraciadamente... así es — asintió éste, con una vaga y misteriosa sonrisa en sus labios.

—Para esto he venido yo... Para solucionar esto... Y no admito excusas.

—Yo llevo ya dos años tratando de vencer las dificultades locales, sin lograrlo.

—En París presenciémos casos más difíciles que éste todos los días y detenemos al culpable.

—Entonces... ¿por qué no lo arrestaron cuando estaba en Francia?

—¡Bah...! — gruñó el inspector, cogido en sus propias redes—. ¡No me hará creer usted en los cuentos de hadas!

—Ni lo pretendo, señor inspector; pero yo sí creo en los cuentos orientales...

—Por propia experiencia sé que no hay problema en cercar un área determinada de una ciudad, por grande que sea... Y Argel no es tan inmensa que no pueda esto ser posible. Se va estrechando el cerco... y poco a poco se registra cada casa...

—Eso será posible en cualquier parte del mundo, menos aquí — afirmó Louvain—. Acaba usted de llegar de París y aún no está familiarizado con la Casbah.

—¿La Casbah?... ¿Qué es eso? ¿Alguna fruta tropical? — preguntó el inspector que no tenía la menor idea de lo que era la Casbah.

—Un fruto... muy indigesto por cierto — replicó Louvain, levantándose y acercándose al plano de la ciudad—. La Casbah es un barrio de Argel... y resulta que Pepe Le Moko, como todo el mundo le llama, vive en la Casbah precisamente...

—¿Y si sabe donde vive, por qué no han ido a arrestarle allí?

—No se puede cazar a un lobo en su propia guarida.

—¡Pero eso es fantástico! — exclamó el inspector, que no creía ni una palabra de aquello que Louvain quería hacerle comprender.

—Cuando usted lo vea no lo parecerá tan fantástico... Aquí está...

—añadió, señalando el área que ocupa el populoso y terrible barrio de la Casbah—. Es el barrio nativo conocido por el nombre de la Casbah...

Visto desde aquí, sólo constituye unas cuantas líneas sobre el plano; pero en realidad es lo más extraño que pueda usted haber imaginado nunca... La Casbah queda separada de los barrios modernos sólo por un paso... pero cuando se da ese paso se entra en otro mundo: un mundo donde se funden todos los pecados de la humanidad. A vista de pájaro la Casbah parece una inmensa gradería: cada grada representa una terraza que se alza sobre el mar. Visto más de cerca, se observa que esas terrazas, esos patios y esas calles tortuosas, en cuesta, a las que hay que ascender por amplios escalones, son como un nido de hormigas, como una selva de casas, como un laberinto de estrechos pasajes y oscuros callejones llenos de sabandijas y de basura, amontonada allí por las

siglos, y no basura material, sino basura moral, porque a ese barrio se acogen todos los perseguidos, todos los indeseables, todos aquellos que tienen algo que ver con la justicia, a la que han logrado burlar y de la que escapan perdiéndose en esa misteriosa Babel que se alza en el corazón mismo de una ciudad civilizada. ¡Nadie conoce los misterios que se esconden entre las paredes de las casas que forman la Casbah! Nadie sabe cuántos crímenes ni cuántas esperanzas hay encerrados en aquellos patios... Cuarenta mil habitantes de todas las razas del mundo, viven allí. Algunos tienen ya una raíz de varias generaciones; pero los más son fugitivos, gentes del hampa de todos los países que encuentran en la Casbah su apropiada guarida... Hay en la Casbah cabellones de blanco ropaje; chinos adeptos a Confucio; gitanos que predicen el porvenir, cantan y bailan al son de sus tambores y sus guitarras; muchos checos; esclavos alejados de su tierra; malteses; negros de todas las partes del África; sicilianos y españoles de sangre ardiente y piel morena; y mujeres... mujeres... mujeres de todas las edades y todas las razas, mujeres apretadas en la red de la Casbah, mujeres dispuestas a todo, conocedoras de todo, menos de la libertad, porque la Casbah es pu-

ra ellas como una prisión de la que no pueden salir. En ese barrio extraño y desconcertante, todas las terrazas se comunican unas con otras al objeto de que aquellos que son aceptados en la comunidad, puedan trasladarse a cualquier sitio de la Casbah sin tener que utilizar las calles, que algunas veces pueden resultar peligrosas para ellos... Las terrazas son del dominio de la población que habita el barrio. Sólo ellos conocen sus varicuetos y sus secretos. Cualquiera que se aventurara, sin ser conocido y protegido por algún miembro de la comunidad, por ellas, sería asesinado inmediatamente... La Casbah se alza sobre el mar, dominándolo como una fortaleza llena de color, pero sórdida y peligrosa... No existe solamente una Casbah; sino cientos de miles de pequeñas Casbah representadas por esas terrazas que se unen, se enroscan, se entrelazan, formando un peligroso laberinto que no tiene salida más que para el que es profundo conocedor de ellas... Y todo ese laberinto... constituye el hogar de Pepe Le Moko... Mientras no salga de allí está bien seguro.

El inspector ha escuchado en silencio y maravillado el relato de Louvain y, cuando éste concluye, pregunta un poco despectivamente, porque no quiere mostrarse domina-

do por lo que él estima no es más que una fantasía oriental:

—¿Así... ustedes no entran nunca en ese barrio?

—Es fácil entrar allí... pero a veces no es tan fácil poder salir... Hay una línea fatal... De repente una bala pasa rozándole a uno la cabeza... y esto no es más que un simple aviso; es como si sus habitantes nos dijeran en un elocuente lenguaje: «¡Cuidado con dar otro paso!». A veces, se camina por sus calles silenciosas y solitarias, como si estuvieran deshabitadas, cuando nos sorprende una voz que desde lo alto de una terraza nos saluda con tono insinuante y amenazador: «¡Hola, inspector!». Y si preguntamos cómo sabían que andábamos por allí, contestan sonriendo con esa misteriosa sonrisa de los que habitan la Casbah y que encubre todos sus secretos: «Pregúntelo al inspector Llimane, porque la Casbah es su territorio».

Mientras Louvain ha hablado, ha entrado sigilosamente el inspector Llimane. Es un hombre fino, silencioso, de maneras suaves, que siempre sonríe y nunca dice lo que piensa porque sabe que para su carrera de policía, a la que se ha dedicado con verdadero fervor, el principal don es saber dominar los sentimientos y ocultar en lo más recóndito del corazón las intenciones. Es el policía

indígena al que la jefatura de policía tiene encomendada la vigilancia de la Casbah y, en realidad, la Casbah es su verdadero dominio. Ha entrado en el despacho en silencio, moviendo graciosamente el bastón que siempre le acompaña, y, sin destocarse el fez que cubre su cabeza de cabello liso, lustroso y muy negro, se ha sentado en un rincón y escucha pacientemente la conversación entre Louvain y el inspector enviado especial que acaba de llegar de París.

Louvain ha callado hace rato, y el inspector, después de haber dado un par de vueltas en torno al despacho, se para frente a él y le pregunta, indignado:

—¿Pero cómo se escuda Pepe Le Moko? Supongo que irá disfrazado y que constantemente cambiará de disfraz para despistarles a ustedes...

—Veo que no le conoce usted... —sonríe Llimane, rompiendo el silencio en que hasta entonces ha estado sumido—. Si le conociera, se reiría de lo que está usted diciendo...

—¿Y por qué no le encuentra usted? —pregunta el inspector, volviéndose rápido hacia el policía indígena.

—¿Pero si eso es muy fácil...! ¡Si le veo todos los días! —afirma Llimane, sin perder sus finas maneras, sin dejar de sonreír, inclinado levemente hacia adelante, en un gesto

de sumisión y de respeto—. ¿Qué...? ¿Se ha enfadado nuestro distinguido colega por lo que acabo de decir? —inquiero con la misma suavidad, al ver el gesto de ira que se refleja en el rostro del inspector parisino.

—¡Oh...! ¡Un hombre a quien buscan por todas las capitales de Europa... y usted dice tranquilamente que le ve todos los días! ¡Esto es otro ejemplo de lo que llaman las condiciones locales...! Comprueba que hasta ahora no han hecho ni el más pequeño esfuerzo para arrestarlo...

—¿Arrestarlo en la Cashah...? Mi querido colega, arrestarlo sería muy fácil, sencillísimo... pero sacarlo de allí... ¡sería imposible! — murmura Llimane.

—Y por eso prefieren permanecer quietos, sin ayudar a la justicia.

—Yo tengo la vanidad de suponer, mi querido colega, que haga mucho con mi humilde procedimiento... Conozco muy bien a Le Moko... y conozco la Cashah. He estudiado sus debilidades... Cuando todas las armas fracasan, no hay más remedio que emplear el cerebro...

—¡Yo prefiero las armas! — grita el inspector, que tiene sanguíneo el temperamento y al que exaspera la calma y suavidad de aquel hombre extraño que le habla de un asunto

de tan trascendente importancia, como si le hablara de una partida de póquer o de ajedrez.

—En su caso no me sorprende tal preferencia — sonríe Llimane.

—¡Con esa calma que tiene usted, cualquiera diría que tiene pereza de arrestarlo!

—Únicamente soy precavido...

—Sí... precavido porque no quiere exponer el pellejo...

—Es que no tengo otro — murmura Llimane, sin perder su suavidad de serpiente.

—¡Ah...! Así creen ustedes que Pepe Le Moko es invulnerable... Eso ya lo veremos... Quiero una docena de hombres para esta noche... pero hombres valientes — añade, mirando de soslayo a Llimane, que no se da por aludido, porque no le conviene entender ciertas alusiones—. Hombres valientes y bien armados... y ya puede usted ir preparando una celda para Pepe Le Moko... ¡Estoy seguro de que esta misma noche quedará arrestado!

Llimane da unas vueltas a su bastoncillo, se inclina más profundamente, y sonríe de un modo tan insinuante y misterioso que el inspector da un bufido de rabia antes de salir del despacho. Aquel hombre tiene el don de desequilibrarle los nervios con su sola presencia.

Pepe Le Moko vive en la Casbah y de la Casbah. Es un hombre alto, fuerte, vigoroso, pero de una elasticidad en sus miembros y una elegancia en su porte que pudiera pasar por el más acabado «gentleman» si no tuviera en sus grandes ojos negros y profundos aquella mirada perversa en la que se reflejan todos los bajos fondos de su alma corrompida por crímenes y malas pasiones.

—Pepe... tú y yo sentimos la misma admiración por la belleza... — le dice un viejo judío que tiene entre sus dedos una perla maravillosa que los dos examinan y contemplan como perfectos conocedores.

—Esta perla merece lucir sobre la orejita delicada y diminuta de una niña de ojos oscuros y de cabellos dorados... ¡Me la imagino! — exclama Pepe Le Moko, tomando en sus dedos la perla y haciéndola girar suavemente para admirar mejor el oriente magnífico que posee.

Y acercándola a la oreja del viejo, la mira a distancia y añade, despreciativamente:

—No... a ti las perlas no te sientan bien, Grandpere... No eres el tipo.

—Me sentarían mejor unas argollas — ríe el viejo judío de largas barbas y voluminoso abdomen.

—Sí... una argolla en la nariz... En realidad no eres nada femenino. ¡Charles? — llama Pepe Le Moko.

Y un hombre que parece un monstruo por su fealdad, un atleta por su corpulencia y un presidiario por su aspecto general, contesta:

—Pepe... no hagas caso a ese hombre... Quiere engañarnos para que le rebajemos el precio... ¡Está intentando estafarnos!

—Sí... ¡como es tan fácil burlarse de mí! — ríe Pepe con ironía—. ¿Por qué no lo intentas alguna vez?... Grandpere y yo nos conocemos desde hace dos años... y ya podemos tener confianza uno en otro... Si no se podía tratar con nadie...

—Tienes razón, Pepe — afirma el viejo judío, que quiere a Le Moko porque le ve siempre dispuesto a

ayudar a cualquiera, cuando el caso se presenta.

—¿Pues por qué no nos da la pasta y terminamos de una vez ya el negocio? — insiste Carlos.

—Oye... ese tío es idiota—comenta Grandpere.

—Sí, pero él no lo sabe — asegura Pepe.

—Sí señor que lo sé — afirma Carlos.

—¿Ah...! ¿Te has dado cuenta?

—Pues si él está convencido... no tenemos por qué llevarle la contraria — ríe el judío.

—A Grandpere sólo le interesa la belleza — asegura Le Moko, que vuelve a contemplar la magnífica perla objeto de la discusión.

—Sí... pero a medida que habla más de la belleza... habla menos de la pasta y yo, lo que quiero saber de una vez, es cuánto da por ella...

—¿Bah...! ¡Ya me estás fastidiando! — exclama Pepe, dando un bufido de disgusto.

—¿Qué...? Repite lo que has dicho! — ruga el monstruo, que parece lo va a devorar todo por el gesto agrio y amenazador que esboza.

—Que me fastidias — replica Pepe, marcando sus palabras para que pueda entenderle bien.

Y como Carlos sigue inmóvil, Grandpere añade:

—Dice que estás fastidiándole...

—¿Ah...! Está bien... — muge Carlos, sin hacer el menor signo de agresión.

Pepe sigue contemplando la perla, la hermosísima perla que brilla con su luz suave y elegante, de gran dama, entre sus dedos acostumbrados a tratar con piedras preciosas y joyas de inapreciable valor:

—¡Mira... mira qué bella!... ¡Pero no la toques!... Ignoráis que éste fué una vez mi oficio... Yo empecé trabajando en una joyería.

—Sí... y al marcharte tuvieron que cerrar las puertas por falta de existencias — comenta Grandpere, que conoce un poco a fondo la historia de Pepe Le Moko.

—No estoy muy seguro de ello... pero algo así debió ser... Hay noches en que sueño que puedo regresar a París alguna vez... — dice, entornando los párpados, como si quisiera contemplar el paisaje lejano de la gran ciudad... y que puedo coleccionar cosas de estas... tan sólo para mí, para mi recreo, para admirarlas en su estuche y adivinar todas sus iris... Tendría una gran joyería... y tú irías uniformado, Gil, y tú también, Max—dice, dirigiéndose a los hombres que siempre le acompañan y pululan en torno suyo, como satélites de una estrella de primera magnitud.

—¿Y yo? — pregunta un moral-

bete de dieciocho a veinte años, pálido, simpático, dulce, al que la maldad no ha hincado aún su garra sellando con ella sus facciones.

—¿Tú, Pierrot? ¡Oh... tú llevarías un uniforme único y estarías al mando de todo!—le dice Pepe, dándole un golpe cariñoso en la mejilla, porque aquel muchachito es su amigo mejor, el amigo en el que se puede confiar ciegamente, porque es bueno, generoso y noble, como es la juventud, salvo contadas excepciones.

Mientras en el tenducho de Grandpere charlan así aquellos hombres, por las calles de la Casbah marcha la policía esparciendo el terror con su presencia. Unos a otros, los habitantes de la Casbah, se van dando el soplo:

—La policía...

—La policía...

Desaparece la muchedumbre tras las puertas de las casas miserables y sucias. Hay por las terrazas una correría de sombras. Es la noche y la obscuridad favorece a los que huyen. En un momento los que estaban en el Norte van hacia el Sur, y los del Sur al Oeste, y desde Oriente a Occidente... Cada uno huye de su propia zona, buscando en la más lejana refugio seguro.

También ha llegado el soplo hasta la tienda de Grandpere. Es un moro

escuálido el que ha traído la noticia:

—¡La policía...! ¡La policía...!

Grandpere y los hombres, entre ellos Pepe Le Moko, recogen las joyas que estaban examinando, atrancan la puerta fuertemente, y esperan en la trastienda. Mientras no llegue la policía hasta allí, aquel es el lugar más seguro para permanecer escondidos.

Louvuin, el inspector y media docena de hombres armados, van registrando la Casbah. Las calles quedan desiertas a su paso. Un golpe dado en una puerta, un grito gutural, un silbido, el eco de una canción, son bastantes para anunciar a mucha distancia la presencia indeseable para ellos de la patrulla.

A su paso los hombres se escurren por las esquinas y corren hasta la primera puerta que encuentran abierta; luego, las terrazas serán el mejor camino para huir hacia lugares menos peligrosos. Las mujeres cogen en brazos a los chiquillos y cierran con un golpe seco la puerta de sus casas. Los moxalbetes que juegan en el arroyo emprenden veloz carrera. Es como cuando el resaca olfatea la llegada del lobo, o una bandada de palomas el paso del gavilán, aunque en este caso las palomas no tengan la candidez y pureza de las aves, porque los habi-

tantes de la Casbah son más bien huitres que acechan su presa que inocentes palomas que se dejan apresar en la inconsciencia de su innata bondad.

Un gendarme ha interrogado a un more, llamado Regis.

— ¡Ven aquí! — le ha dicho, cogiéndole por el cuello—. ¿Dónde está Pepe Le Moko?

— ¡Oh...! ¡Oh...! No lo sé...! — grita el more, defendiéndose, con los ojos llenos de terror.

— Dilo ahora mismo, o te retuerzo el gaznate.

— ¡No lo sé...! ¡Per la espada del gran profeta, te aseguro que no lo he visto desde hace dos semanas! ¿Por qué me preguntan a mí, si no sé dónde está?

Louvain se ha acercado al grupo. Conoce a Regis, porque muchas veces ha tenido que entenderse con él para asuntos de la policía, y sabe que de él conseguirá lo que en aquel momento quiere.

— ¡Vamos, dejadle, dejadle! — grita Louvain, cogiendo la mano de Regis—. ¡Dejadle, que no tiene él la culpa de no saber lo que se le pregunta...!

— ¡Ah...! ¡Oh...! — gruñe Regis, acuriciándose el cuello en el que ha sentido la tenaza de la mano del gendarme.

Louvain, cuando Regis se ha ale-

jado, desdobra un papelito que ha depositado en su mano disimuladamente cuando él le ha cogido la suya, y lee en voz alta:

— En la tienda de Grandpere.

— ¿Grandpere? ¿Y quién es? — pregunta el inspector.

— Es un tenducho de artículos robados.

— ¿Conoce su escondrijo?

— Desde luego... le conozco... pero ya no encontraremos en él a Pepe Le Moko...

— ¿Por qué no?... ¡Vamos pronto! — grita el inspector que no puede creer sea tan fácil escapar de las manos de la policía.

La cuadrilla avanza por el laberinto de calles, por el dedado inmundado de tortuosos callejones que parecen sin salida y en los que cada esquina es un peligro, un lazo cada encrucijada, cada hueco una amenaza y un abismo cada una de sus puertas...

Siguen escuchándose los gritos, los golpes secos, las canciones apenas iniciadas, los silbidos, todo aquel conjunto de voces que no se sabe de dónde parten, pero que son las inequívocas señales del paso de la policía por la Casbah.

Regis ha corrido también en cuanto se ha visto libre de las manos del gendarme, y después de haber dado unas cuantas vueltas y revueltas por

la tortuosidad de los callejones en pendiente, ha entrado en una casa y ha corrido a llamar a una puerta que le es bien conocida y que está al fondo de un patinillo oscuro.

— ¡Pepe!... — exclama con alegría una voz femenina que se ha acercado a la puerta.

— No... soy Regis... — responde el hombre, que aún está sin aliento por la gran corrida que acaba de dar.

— ¿Qué ocurre? — pregunta la muchacha que ha salido a abrir.

Es una chiquilla de una belleza extraña en la que están mezcladas varias razas y en la que duerme todo el misterio de los siglos. Sus ojos son grandes, serios, soñadores, tristes, de un azul verdoso como las aguas del mar en un día de tormenta. Su piel tiene el color tostado de las arenas del desierto; y su cuerpo se mueve con la cadencia armónica de la palmera cuando la cimbrea el viento.

— ¿Qué ocurre? — vuelve a preguntar, mirando fijamente a Regis.

— Inés... la policía está buscando a Pepe — dice Regis, respirando con dificultad.

— ¿Tan pronto...? — pregunta la muchacha, como si ya tuviera por descontado que aquello tenía que llegar.

— ¿Pronto?... ¿Pero es que ya la estabais esperando?

— Siempre... Pero en especial esta noche... Pepe me ha dicho que ha llegado alguien de París ex profeso para capturarle a él.

— ¿Ah...! — exclama Regis, que no sale de su asombro—. De modo que... ¿ya lo sabía?

— Desde luego. ¡Pepe lo sabe todo! — replica Inés con orgullo de enamorada que ha colocado a su ídolo en el más alto pedestal.

— ¿Y tú... tú... tú vas a ir con él? — pregunta Regis que tiene un extraño temblor que no es capaz de dominar.

— Iré... si conviene.

— Pues dile... dile que jamás en mi vida he visto tanto policia como esta noche.

Inés se ríe con una carcajada juvenil:

— ¡Cómo se reirá Pepe...! ¡Eso es lo que estaba esperando!

— Sí... pero no te rías, no... Mira mi cuello... creí que iban a retorcerme como al de una gallina... ¡Si vieras qué fuerza tenía el gendarme!

Inés ríe con más ganas aún. Le divierte ese Regis tan cobarde, que se asusta de todo, que a todo le tiene miedo y que está siempre dispuesto a avisar todas las cosas ex-

trañas y anómalas que pasan en la Cashah.

—Pero yo me he dejado apretujar el gaznate, con tal de que no detuvieran a Pepe. Pensaba que mientras se entretenían conmigo él podía huir por las terrazas, y por eso he dejado que... que... ¡Ah... pero por poco me matan! ¡Aunque yo estaba dispuesto a dejarme matar por él...!

Inés se le queda mirando fijamente, con sus grandes ojos enigmáticos, serios, profundos, y le pregunta en un tono de desconfianza y de duda qué acaso Regis no sepa captar:

—¿Que te hubieras dejado matar...? Pero... ¿por qué le tienes tanto cariño?

—¿Y tú no...? —contesta Regis, insistente.

—¿Ah...! ¡Todo el mundo sabe lo que yo siento por él! —asegura Inés con un gesto salvaje y hosco.

—Lo peor es que Pepe no me aprecia... Sigue desdeñándome, humillándome, echándome de su lado, como si fuera una sabandija venenosa... ¡Pero ya vendrá mi venganza!... Algún día le pesará no haberse dado cuenta de lo que valgo... ¡y eso que soy muy humilde! ¡Pero hago todo lo que puedo por servirle bien!...

—Si es así, algún día Pepe te lo

sabrá agradecer — asegura Inés, que conoce bien a Pepe.

—Es que yo soy así, Inés... sensible... muy sensible... ¡Pero nadie me lo conoce! Oye, prométeme que le dirás que he sido yo mismo quien ha venido a avisarte que la policía le busca...

—Descuida...

—¿Se lo dirás de verdad?

—Sí, hombre, de verdad.

—Prométemelo... No es que quiera pedirle ningún favor, no... Lo único que quiero es que sepa que... que cuando hay jaleo... ha de buscarme a mí, que le soy adicto y sé cumplir con mi deber...

—Bien... bien... ya se lo diré...

Inés no espera ya más. El aviso es urgente. No puede seguir escuchando la palabrería de Regis que cuando comienza a hablar no termina nunca. Se echa un chal a la espalda y sube a la terraza.

La noche la ampara. Salta de terraza en terraza, sube aquí, baja allá, brinca ágilmente por aquel laberinto que le es tan conocido y sólo descendiendo cuando llega al lugar que sabe bien es donde está Pepe en aquellos momentos. Da unos golpes en la puerta y espera.

Los que están en la tienda de Grandpere esperan con las luces apagadas. Tienen el soplo de que la policía rueda por la Cashah, pero

no saben que está ya tan cerca de ellos. Cuando oyen los golpes en la puerta se aprestan para luchar, pero la voz de Inés los tranquiliza:

—Soy yo... Inés... abrid...

Cuando le abren la puerta ella no ve a nadie más que a Pepe y a él se dirige con la angustia reflejada en sus pupilas verdes y cambiantes, de mirar apasionado:

—Pronto... pronto, Pepe, sube a la terraza... Te buscan... Ya están en la calle...

Pierrot mira desde lo alto de un muro y murmura, en voz baja:

—Es verdad... han rodeado la casa... ¡Te han descubierto!

—¡Eso faltaba! — gruñe Pepe, sin perder su serenidad, porque otras veces ha estado aún más cerca de la policía y ha sabido burlarla.

Luego mira a Inés y le pregunta en tono apremiante:

—¿Quién te ha dado el soplo?
¿Cómo han sabido que estaba yo aquí?

Grandpère recoje todas sus joyas con aire distraído y se queja como si sólo de una pequeña incidencia se tratara:

—¡Oh... nunca puede uno trabajar a gusto ni en paz! Siempre prisas y visitas molestas...

Pepe se apodera de una sortija espléndida que tiene una gran esmeralda en el centro, una esmeralda

que es tan verde como los ojos de Inés y frotándola en la manga de su chaqueta la mira con sus ojos expertos, y exclama antes de salir:

—Me gusta esto... Me quedo con ella...

Salen todos por una puerta excusada y comienzan a cruzar pasadizos, a subir escaleras, a internarse por aquel dédalo desconocido para todos quienes no están habituados a los misterios de la Casbah; pero Pierrot, que es joven, que no tiene experiencia, que es vehemente y apasionado, se asoma de nuevo por encima de un muro, mira a la calle, apunta su pistola y dispara.

Pepe Le Moko le da un manotazo y le aparta de allí.

—¿Por qué has hecho eso?... —le reprende.

Un disparo suena en la calle y una bala viene a clavarse en la pared, muy cerca de la sien de Pierrot que se ha quedado muy pálido.

—¿Ves...? ¡No debes aventurarte con precipitaciones inútiles... Es innecesario exponerse... ¡No quiero que una bala llegue a separarnos... de la forma en que podía haberte hecho ésta...! — añade, haciéndole una caricia, como lo hubiera podido hacer a un hijo suyo que hubiera estado jugando con algo peligroso.

Cuando la policía logra derribar, a golpes de culata, la puerta de la

tienda de Grandpere, ellos están ya lejos, escondidos en otra parte, agazapados misteriosamente en aquel engranaje de casas, todas abiertas siempre a los fugitivos y herméticamente cerradas a la policía, porque todas tienen la puerta que da a la calle y las puertas y pasillos y terrazas que las unen entre sí interiormente, como el misterioso engranaje de una máquina colosal.

Mientras esperan, Le Moko, que no comprende cómo la policía ha podido descubrir su escondite, se dirige a la chiquilla que está a su lado y que no deja de mirarle con sus grandes ojos color del mar en día de tormenta:

—Inés... ¿es que le has dicho a alguien que yo estaba aquí?

—A nadie, Pepe.

—¿Estás segura? Procura recordar... insiste Pepe, que no se fía de nadie en aquella amalgama de gentes indeseables como él entre la que se mueve, porque entre aquella muchedumbre hay muchos espías, muchos traidores, y hay que esperar siempre el golpe de donde menos uno lo teme, porque casi siempre es de donde suele proceder.

Inés lee en los ojos del hombre la duda, la sospecha, el desprecio por todos cuantos están junto a él, y replica con dolido acento:

—¿Por qué no te fías de mí, Pe-

pe? ¿No sabes aún lo que yo te quiero? ¿No podría engañarte?

—¿Qué graciosa...! ¿Te acuerdas de aquel tiempo en que me decías que no me querías nada y huías de mí?—inquiera Pepe con una risa sardónica.

—He cambiado de parecer—asegura la muchacha muy seria.

—¡Ah...! ¿Sí? ¿Y ahora me quieres?—sigue riendo él, que no cree nada de lo que le dicen, porque la vida le ha enseñado a ser desconfiado y a no poner fe en nadie.

—Sí... Pepe, créeme, la policía te está cercando... y yo no he hablado con nadie... Únicamente he visto a Regia.

—¿A Regia?—pregunta Le Moko con un gesto que da a entender la poca confianza que aquel nombre le inspira.

—Sí, a Regia... Tan pronto como me lo dijo vine a advertirte...

—¿Qué fue lo que te dijo?—apremia Pepe, cogiendo fuertemente de la mano a la pequeña.

—Que venía la policía... y que quería que yo te avisase...

—Hizo muy bien en decírtelo.

—Eso fue lo que yo pensé.

—¿Y no se te ocurrió nada más?

—pregunta Pepe, desdénoso.

—¿En qué tenía que pensar después...?—murmura la chiquilla ingenuamente, porque no comprende

lo que hay tras la frente de Le Moko, que se ha entenebrecido con una preocupación.

— ¡Ja, ja, ja...! — ríe Pepe con todas sus ganas ante aquella inocente réplica—. Eres encantadora, muchacha... Eres muy buena... mejor de lo que yo creía... Abre la mano y cierra los ojos, que voy a mostrarte una cosa...

Y como la niña hace el gesto que le piden, le va a colocar en la palma de la mano la magnífica sortija que se ha quedado de la tienda de Grandpere. Inés la coge, pero él la defiende:

— ¡No la agarres... que trae desgracia! — grita.

— ¿Es que vas a dármela a mí, Pepe? — pregunta ella sonriendo y dejando que sus ojos serios sonrían también, porque el chispazo de la ilusión asoma a ellos.

— No... ha de ser para una mujer vieja y gorda — la embroma Pepe.

— Dámela a mí... puede que algún día engorde.

— ¿Y si para entonces la has perdido ya? — le pregunta Le Moko poniendo la sortija en el dedo.

— No... la guardaré como un amuleto.

— Tendrás que llevar los dedos cruzados para no perderla, porque estás demasiado flaca para esa sor-

tija — le dice él, cambiándole del dedo anular al índice la sortija.

— Los llevaré — asegura ella, cruzando los dedos como él le enseñó—. Este anillo significa que siempre seré tuya, Pepe, para toda la vida...

Pero no pueden seguir hablando, porque de nuevo escuchan cerca de ellos los golpes de las culatas de la policía que van derribando puertas. Aquella noche deben haber venido los mejores sabuesos, porque siguen el rastro perfectamente. Todos emprenden de nuevo la fuga; pero Le Moko le dice a Inés:

— No... tú quédate aquí... Ya sabes qué es lo que tienes que decir a la policía cuando entren.

Y se precipita por la escalera hacia las azoteas donde comienza la más encarnizada persecución, porque las azoteas también han sido tomadas por los policías que capitanean Louvain y el inspector llegado de París.

Le Moko sabe huir. Sus piernas son ágiles. Sabe deslizarse como una sombra o saltar como un gamo. Y además conoce aquel intrincado dedalo de pasadizos como si se moviera en su propia casa. La persecución es enconada y la victoria está próxima a obtenerse por parte de la policía que, en un certero disparo, ha logrado herir a Le Moko, pero éste, una vez más, con audacia y

valor, con un gesto de altivez que le descubre como un orgulloso y un vencedor, sabe burlar a todos sus perseguidores y, adentrándose por una escalerilla tortuosa y disimulada, llega hasta la casa de Aisha, a la que sabe adicta y discreta.

Pero Aisha no está sola. Ha amparado en su casa a una señorita que ha ido a visitar la Casbah como una turista, con otra joven y dos caballeros que las acompañan y que se han encontrado en medio del tiroteo sin saber dónde refugiarse. Y con ellas ha entrado también el inspector Llimane, que se ha constituido en defensor de las extranjeras.

—Pasen... tranquilícense, por favor... — les ha suplicado Aisha.

—¿Pero qué es esto...? ¿Qué ocurre? — pregunta una de las damas, mirando un poco asustada a todas partes.

—No es nada... pasen...

—¿Y a esto llama usted nada? — insiste ante el tiroteo creciente que se escucha en todas direcciones.

—Usted no sabe cómo es la policía — asegura Aisha, que no es la primera vez que presencia aquellas persecuciones encarnizadas.

Llimane cuenta entonces, sucintamente, por qué se ha tendido aquella redada, y habla de Pepe Le Moko, del ladrón internacional al que todos los países de Europa recla-

man, porque en cada uno de ellos ha cometido alguno de sus audaces atentados.

—Desde hace dos años, la policía está intentando prenderla — acaba diciendo.

—¿Qué raro que no lo hayan conseguido! — exclama la joven dama.

—Como miembro de ella considero que Le Moko es un hombre muy listo — dice Llimane.

—¿Es usted policía?

—Sí, señorita.

—¿Y cómo es que no le cogen?

—Porque tiene talento.

—No es su talento lo que le salva — interviene Aisha que es una gran admiradora de Le Moko. — ¡Es su coraje! Un hombre tan valiente como él trae loco a cualquiera.

—¡Qué interesante! — murmura la dama, intrigada por aquella historia, y quedándose en suspenso, fija su mirada en un hombre que acaba de entrar, un poco pálido, sosteniéndose un brazo que tiene herido.

Es Pepe Le Moko que ha conseguido burlar a la policía y que, entrando en casa de Aisha, se queda también suspenso al encontrarla acompañada; pero él no se ha fijado en las damas, sino en Llimane, y le saluda:

—¡Hola, inspector!

Luego tiende su brazo a Aisha y ordena:

—¡Cúrame!

—Permítame que haga votos para que su herida no sea cosa seria —le dice el inspector con aquellas maneras suaves y finas que nunca pierde.

—Gracias... no ha sido nada...

Pero, ¿cómo es que no ha salido también usted de casa, Llimane?

—Lo considero una estupidez...

Detesto las armas... Prefiero usar el cerebro — replica el inspector, sonriendo dulcemente.

—Hoy sus amigos se han portado mejor que de costumbre... Por lo menos han conseguido saber dónde estaba...

—Eso quiere decir... que han da-

do un paso hacia el fin propuesto — afirma Llimane.

Le Moko no contesta. Se ha quedado mirando fijamente, fijamente a un solo punto, mientras Aisha le venda el brazo herido que ha lavado cuidadosamente. Le Moko mira los brazaletes de esmeraldas, zafires y topacios que brillan en el brazo de la dama; un tesoro en piedras preciosas engarzadas en oro y platino; luego sus ojos han subido un poco más y se han quedado prendidos en el collar de perlas que adorna el pecho de la desconocida, unas perlas grandes, iguales, perfectas, de

origen maravilloso, unas perlas que cada una de ellas constituye por sí sola toda una fortuna; un poco más arriba... y descubre unos dientes blancos, apretados, firmes, de un nácar brillante e impecable, que se muestran entre los labios carnosos y rojos que se entresaben en una sonrisa mitad temerosa, mitad admirativa, una sonrisa que tiembla un poco, coquetuela, como si jugara a mostrar y esconder aquel tesoro natural de una dentadura maravillosa; luego los ojos de Le Moko se encuentran con las pupilas cambiantes de la mujer, unas pupilas oscuras, enormes, que apagan el brillo de todas las piedras preciosas con su extraordinario fulgor.

—Perdone, señora, si hablamos de negocios... —le dice, dominando el efecto que todo aquel conjunto le ha producido y la seducción que obran en él, no sabe si las bellezas naturales de la mujer o el mineral que luce en joyas, en aquello que para él constituye su obsesión y su única ambición—. ¿Un cigarrillo?

Intenta buscarlo, pero su brazo herido no se lo permite, y con el izquierdo no alcanza a su bolsillo. Llimane le ayuda, y encienden un cigarrillo mientras Le Moko sigue hablando con el inspector, como si hubiera olvidado a la dama y sus joyas.

—Han rodeado la casa... Creían que estaba con Grandpere... ¡Pobre viejo! No tiene suerte. Ni siquiera le dejan morir en paz... A veces, señor inspector, pienso en sus colegas, y créame, me dan lástima... Con esa tónica que emplean, jamás me atraparán, ¿no le parece?

—He intentado convencerles de eso muchas veces, pero no me hacen caso...

—Así, estamos de acuerdo, inspector...

—Aunque yo le cazaré algún día, Pepe... no lo dude...

—No creo que llegue nunca en día.

—Le cazaré a usted, y a Pierrot, y a todos los demás... Carlos, Grandpere... todos los de su banda.

—¿Y qué hará usted con nosotros? ¿Meternos en una jaula? ¿No me exhibirá como a una fiera? —pregunta Le Moko riendo, porque le gusta embromar al inspector y discutir con él.

Llimane sonríe, se inclina un poco hacia adelante con aquel gesto tan peculiar en él y dice lentamente:

—Usted es ahora muy importante porque está en libertad... pero una vez esté en la sombra la gente le olvidará y nadie se acordará más de Pepe Le Moko.

—;Es gracioso el amigo Llima-

ne! — ríe Le Moko con una estrepitosa carcajada—. Tiene delirio de grandezas... ¡Sueña en que me va a detener!...

—¡Que es lo que algún día haré, Le Moko, esté usted seguro!—afirma el inspector, inmutable.

—¡Qué optimista es usted! ¿Sabe lo que más me gusta de usted?... ¡Su cara! Una cara perfecta para su clase de trabajo: hay en ella la suficiente falsedad para prevenirnos a todos a tiempo.

—Me honra su opinión sobre mi cara... y me congratulo de que haya visto en ella algo...

—A mí también. Buenas noches. Me van a perdonar, pero tengo que marcharme...

—Que tengas suerte — le dice Aisha, abriéndole una puerta secreta.

La dama enojada, bellísima, atractiva, joven y valiente, que no ha palidecido ante las miradas codiciosas que Le Moko ha dado a sus joyas, se queda mirando al lugar por donde ha desaparecido, atraída por el misterio que rodea la vida de aquel criminal, misterio que apasiona, sobre todo después de haberle conocido personalmente.

—Es simpático... tiene talento... una inteligencia inquieta... ¡Será una pena verle morir tan joven! — comenta Llimane en voz alta.

—¿Cómo...? ¿Morir? — pregunta la extranjera, saliendo de su abstracción.

—Sí, no me cabe la menor duda... He grabado la fecha de su detención en la pared de mi cuarto a una altura a la que todos los días, al

aparecer el sol, lo ilumina con sus rayos... — dice el inspector sonriendo, a tiempo que se levanta para acompañar a las damas hasta el Hotel, sacándolas del laberinto de la Casbah, a la que han venido con curiosidad de turistas.

...

En el despacho del jefe superior de policía de Argel, el inspector redacta el informe que se ha de remitir a París, dando cuenta de los trabajos que lleva realizados para la captura de Pepe Le Moko, y la voz hueca e importante del que se cree ya vencedor, cuando aún no ha avanzado ni un paso para la obtención de su fin, dicta campanudamente el informe:

—...y aunque nos falló por muy poco la captura de Pepe Le Moko, evidentemente iba muy mal herido cuando escapaba. Es fácil que las heridas le sean fatales. Suponiendo que muriera nos apresuraríamos a informarle sin tardanza...

—¿Por qué no le declara usted ya muerto... y acaba el informe?— pregunta Louvain con ironía, porque le gusta burlarse de aquel hombre que ha venido con tantas pretensiones y que se cree superior a ellos porque llevan ya dos años intentando la captura de Le Moko sin haberlo logrado.

El inspector, sin hacer caso de la interrupción, siguió dictando:

—Puede estar seguro de que tengo la situación controlada y que adoptaré cualquier medida que me parezca eficaz.

—¿Qué querrá decir con eso de que tiene la situación bien controlada? — pregunta Regis, que está

al lado de Louvain, porque cobra de la policía para ejercer espionaje en la Casbah.

—Pues quiero decir que continuará escribiendo cartas a París... en espera de que Le Moko se muera de viejo...

—Siempre será mejor que ir a la Casbah a exponer la vida.

—Al menos, nuestro amigo parisino se habrá dado cuenta perfecta de lo que es la Casbah y no nos considerará tan tontos como el día en que llegó.

—Todos sabemos que únicamente existe un procedimiento para cazar a Pepe Le Moko — dice Regis con una risita nerviosa, pues su oficio de espía le desequilibra los nervios con harta frecuencia.

—Veo que eres inteligente — le dice Louvain, en son de burla, porque en el fondo desprecia a aquel espía del que se sirve como único medio de tener noticias de aquel barrio que es la pesadilla de sus hombres.

—Como usted sabe, mi inteligencia está siempre a su servicio.

—Espero todavía a que me lo demuestres.

—¡Ah... no se impaciente... no se impaciente! Suponga usted que Le Moko estuviera fuera de la Casbah. ¡Si así fuera la detención sería una

cosa sencillísima! — insinúa Regis con malicia.

—¿Y qué te parece si le invitáramos a venir aquí? — pregunta Louvain con tan acentuado son de burla que esta vez sí que Regis lo capta y replica, fingiendo reír mucho de la gracia de Louvain:

—¡Oh...! Claro que Pepe es muy pílo para caer en una trampa... pero los demás de la banda no son tan listos como él...

—¿Qué quieres insinuar? — pregunta Louvain que adivina una doble intención en las palabras de Regis.

—Suponga que Pierrot, el niño mimado de Pepe, desaparece de la Casbah... Pepe, inquieto por su desaparición, acabará acercándose aquí a buscarlo...

—Es posible... pero has olvidado un pequeño detalle. ¿Cómo conseguirás que Pierrot abandone la Casbah?

—¡Ah... esta es mi plan! ¡Un plan magnífico!... Mire, aquí tengo una carta que le robé a Pierrot; pero él no lo sabe, claro... La carta es de su madre, un dechado de exquisita ternura...

Louvain ha tomado la carta que Regis le muestra y murmura, después de haberla examinado:

—Viene de Francia... No creo que sirva para nada.

—Pierrot es un mal chico... pero un buen hijo... La madre puede ser el ceba... y nosotros cogremos al mal chico, no al buen hijo... En secreto nos apoderaremos de él, y Pepe saldrá fuera de la Casbah a buscar a Pierrot... ¿Kh? ¿Qué le parece? ¿Estamos de acuerdo?

Louvain reflexionó unos momentos dando vueltas a la carta entre sus dedos, y luego contestó secamente:

—De acuerdo.

Regis no se movió, aunque Louvain daba ya por terminada la conversación con el repugnante espía.

—¡Jerem!... — tosió para hacer notar su presencia—. ¿Y... y lo del premio?—inquirió, viendo que Louvain no le hacía caso.

—Ya sabes el premio que se ha ofrecido.

—Sí... pero... si pudiera darme un pequeño adelanto, vistas las circunstancias...

—Está bien... ¿Pero cómo podremos asegurarnos de que no nos traicionará a nosotros, pactando en mejores condiciones con Pepe Le Moko?

—¡Soy un hombre honrado! — protestó Regis con altivez.

Louvain soltó una carcajada.

—¿De qué se ríe? — inquirió el espía.

—Me divierte ver cómo vendes a

tus amigos a precio de remate. ¡Tienes madera de comerciante, Regis! — aseguró Louvain, que despreciaba y odiaba a aquel hombre por su ruindad y su traición.

Y en la Casbah, Pepe, que había amanecido aquel día más contento que de costumbre, se había lanzado a la calle a pasear, a tomar el sol que entraba como un cuchillo en los estrechos callejones del barrio indígena, a charlar un rato con cada uno de sus amigos de paso: el vendedor de rosquillas, la vieja aguadora, la jamona que repartía la leche, el chico de los muñuelos y toda aquella abigarrada multitud que a aquellas horas de la mañana pululaba por la inmensidad tejida de tortuosas calles en pendiente, por las que subían y bajaban infatigablemente los que iban de un lado a otro para adquirir en el mercado ambulante que se encontraba en cada esquina y a cada puerta, lo necesario para el avituallamiento diario.

Entre la muchedumbre, Pepe se encontró al inspector Llimane, que paseaba también vigilando a los que le estaban encomendados:

—¡Hola, Pepe! ¿Llegó usted sin novedad anoche a su casa?

—Buenos días, inspector... ¿Y usted?... ¡Adiós, Tania!... ¡Buenos días, Arasha...! —saludó, al pa-

so de las muchachas que cruzaban a su lado.

Iáimane le miró con mucha expresión y le dijo, amenazando ligeramente con su bastoncillo:

—¡Cuidado con las mujeres, Pepe! Ellas le perderán...

—Quizá... ¡pero son tan deliciosas!

—Ahora ya está advertido.

—No se preocupe... no perderé la cabeza... ¡La puedo necesitar algún día!

—No lo dudo.

—¿Qué le pareció a la señorita que trajo usted ayer todo lo que aquí vió?—preguntó Pepe, que no había olvidado a aquella dama elegantísima, cubierta de joyas, que le había deslumbrado.

—Le encontró interesantísimo.

—¿Qué dijo ella?

—¡Ya conoce usted a las mujeres! ¡Sólo dicen tonterías!... ¿Hay alguna cosa especial que le gustó en aquella mujer?—inquirió Iáimane, mirando fijamente a Le Moko para adivinar la contestación en sus ojos y no en sus palabras.

—Sí...—afirmó Pepe—. ¡Sus perlas! ¡Son del color que me gustan! Y lleva pulseras en las que pude apreciar todo el valor del oro y del platino y de los diamantes... Y el perfume que llevaba no había sido comprado en Argel...

—Así, lo que más le llamó la atención fueron las joyas y el perfume...

—¿Es que llevaba algo más?—preguntó desdeñoso Le Moko.

—¿Y sus ojos...?

—¡Bah... todas tienen ojos! Claro que aquella luz y aquel brillo no se suele ver a menudo en la Casbah—murmura Le Moko, un poco soñador, porque aquella mujer ha despertado en él todo el dormido aroma del París que él conoció y del que hace tanto tiempo está desterrado.

—Pues ahora ya sabe dónde hallarlas—insinuó el policía, que tiene decidido empeño en que Le Moko se fije en la francesita bellísima y seductora, que le había presentado la noche anterior—. Me hizo muchas preguntas referentes a usted...

—¿Cómo?

—Ya puede suponerlo... ¡Todo!

—¿Todo? ¿Y usted cree que le va a asustar mi pasado?

—No... pero quizás pueda preocuparle su porvenir... Ya sabe usted que el mejor abogado no puede salvarle de veinte años de cárcel.

—¡Ah...! Usted no puede desearme esos veinte años... ¡Me quiere demasiado!

Le Moko se queda un rato pensativo, mirando el jirón de cielo azul que se descubre sobre el estrecho pasadizo en que se encuentran, forma-

do por dos hileras de casas miserables, y luego pregunta, como distraído:

—¿Cómo se llama?

—¡Ah... ya veo que está usted interesado por ella!—sonríe Llimane, con mucha astucia.

—¿Cómo voy a estar interesado por ella... si ni siquiera sé su nombre?—replicó Le Moko, alejándose con un movimiento brusco, que hizo soltar la carcajada al inspector indígena, cuyo cerebro no dejaba de trabajar ni un solo momento, porque estaba convencido que sólo la inteligencia podría vencer al valor.

Se encaminó Pepe a casa de Aisha, la mora fiel y adicta, que le acogía siempre con simpatía.

—¿Dónde está Pierrot?—preguntó.

—Está con Chani.

—Voy a buscarlo.

Subió por una escalerilla, cruzó un pasillo y se encontró con Chani y Pierrot que estaban jugando.

Aisha, antes de cerrar la puerta de la calle, se vió sorprendida por un indígena, un hombre de maneras afeminadas, extraño, que se acercó a ella y le dijo en voz melosa:

—Tengo una carta para Pierrot.

—Dámela a mí—replicó la muchacha, que encontraba lo más natural que, tratándose de Pierrot, fuera a ella a quien se la dieran.

—¡Oh...! No... no puedo... he jurado por los huesos de mis antepasados dársela a él, solamente a él.

—¿Y quién se la envía?

—Una mujer.

—¿Y quién es esa mujer?—pregunta Aisha, vivamente, porque al escuchar aquellas palabras ha sentido el envenenado aguijón de los celos.

—No sé... yo no he leído la carta... yo no sé nada...

—Dile a esa mujer que venga a hablar conmigo, si quiere algo de Pierrot—dice Aisha en un gesto altivo, de leona que defiende su botín.

El moro, tarareando una canción árabe, se alejó del lugar aquel, bailando al compás de la canción que cantaba, mientras Aisha permanecía con la carta en la mano, dudosa, sin saber qué hacer con ella: leerla o entregarla a Pierrot, tal como se la habían entregado a ella. Optó por esto último, cerró la puerta de la calle cuidadosamente, y después de hacer algunas cosas que quedaban por hacer en la casa, subió las escaleras para encaminarse al lugar donde sabía encontraría a su pequeño Pierrot.

Pepe Le Moko había llegado a la tumba de Chani y se había acercado a la mesa a mirar el juego. En torno a la mesa estaban Grandpere, Carlos, Chani y Pierrot, y tras de

Chan!, en pie; estaba Regis, vigilando el juego y haciendo significativos signos a su compinche para que lograra ganar la partida, signos que no pasaban inadvertidos para Grandpere, que con su cachaza de judío iba comentando en voz alta:

—El destino de un hombre está escrito en las estrellas... Jugamos esta partida... y el destino controla las cartas... ¡Ah, el destino...!

—Pues, si el destino sigue controlando las cartas... le voy a dar un tortazo que se va a volver loco — replica Carlos, que se ha dado cuenta de que es Regis el que controla el juego y hace cuantas trampas puede.

Pepe dió un manotazo a Carlos y se sentó en su lugar para seguir la partida, pero como viera que Regis no se apartaba de allí, dijo con marcada intención:

—Algo huele mal.

—Serán ajos.

—O queso.

—Más bien una mezcla de ajos y queso — comentó cada uno de los presentes, sin que Regis se diera por aludido, de tal suerte que Pepe le tuvo que decir directamente:

—Oye, Regis, ¿sería mucho pedirte que no metieras las narices en mis cartas?

—Pero... si no me meto en nada.

—¡Y no me molestes con tu alien-

to! — gritó Pepe, con gesto de repugnancia.

—Mi querido amigo — intervino Grandpere con su cachaza, dirigiéndose a Regis —, considera que no se te mira con mucha simpatía en esta timba...

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que te largues...

¿Lo entiendes?

Regis se apartó unos pasos. Había visto como Aisha llegaba hasta el umbral de la puerta, hacía signos a Pierrot y le entregaba una carta cuando el muchacho se acercaba para ver qué era lo que quería. Todo aquello era lo que Regis había estado esperando pacientemente, porque formaba parte de su plan de ataque. Y al echarle de cerca de la mesa, fué hasta Pierrot y procuró ver qué era lo que decía la carta.

—¿Qué es lo que vienes a humear?... ¡Es cosa mía!...

—¿Malas noticias...? — pregunta Regis con fingido interés.

Pierrot va a salir, seguido por Regis, pero Pepe le llama con voz de mando:

—¡Pierrot!

—Espérame — suplica Pierrot a Regis, volviendo sobre sus pasos y acercándose a Le Moko.

—Pierrot — le dice éste, dulcificando el tono, pero sin dejar su gesto autoritario —, No me gusta que

andes por ahí tan a menudo con Regis...

—¿Por qué?

—¿No has visto nunca esos relojes que señalan las dos y dan las nueve, cuando en realidad la hora es la una y veinte? Pues... Regis es de esa calaña... ¡Nunca dice lo que siente!

—Eso es lo que tú dices; pero yo no lo creo—replica Pierrot, que tiene ganas de emanciparse—. Regis es un buen amigo mío.

—Te repito que no me gusta que vayas con él.

—¿Y a mí qué?... En el trabajo haré todo lo que tú me mandes... pero fuera del trabajo haré lo que me plazca.

—¡Ah!... ¿Sí? ¿Conque harás lo que quieras?—grita Pepe, dando al chico un terrible bofetón por en desairada réplica—. Eso es para que te acuerdes... Ahora, lárgate.

Lo Moko vuelve a sentarse a la mesa ante el juego de cartas, y comenta, sonriendo con ternura, al pensar en el chico:

—¿Es un buen muchacho ese Pierrot!

Regis consigue sacar a Pierrot de la casa y camina con él por las calles en cuesta de la Casbah, y le hace explicar el contenido de la carta que ha recibido:

—¿Y en su última carta, qué era lo que te decía?—pregunta Regis, que finge muy bien el interés que le despierta el sentimiento filial del pequeño Pierrot.

—Me decía que estaba muy acatarrada y que vendría a Argel cuando estuviera mejor.

—¡Ah...! ¿Te dijo que iba a venir? En este caso no es extraño que esté aquí... Aunque no resulta muy claro que haya venido sin comunicártelo antes.

—Eso es lo que no me explico.

—¿Tienes esa última carta de que hablas? ¿Sí? Pues dáme-la y comprobémosla... Es muy fácil ver si está escrita por la misma persona... ¿Ves? Sí, sí, es su misma letra... idéntico rascó de la e, igual trazo de la s... Lo mejor sería que lo comprobaras con tus propios ojos. ¿Por qué no vas a ver si es cierto que está aquí?

—Tienes razón... Dice que está en la calle del Ahrevadero... ¿Dónde es eso?

—Está muy cerca... Yo mismo te acompañaré—dice Regis, meliflao e insinuante, viendo que no le costará mucho trabajo arrastrar a Pierrot fuera de la Casbah—. Como soy un buen amigo tuyo no consentiré que vayas solo.

—Gracias, Regis, te agradezco

cuanto haces por mí... Tú sí que eres un buen amigo—murmura Pierrot, ingenuo, infantil, crédulo, dejándose arrastrar por la maldad de aquel hombre que ha urdido toda una patraña para hacerle salir del único lugar seguro que hay para él y toda su pandilla: de la Casbah, for-

talesa inexpugnable para todo delincuente.

Pierrot, pensando en su madre, sigue a Regis y deja aquel refugio que no debiera abandonar nunca, desoyendo los consejos de Le Moko y dejándose atraer por el silbido de serpiente de Regis.

...

En el hotel, las dos francesitas que han venido de turismo y de placer, se están vistiendo para salir. Gaby está deslumbrante de hermosa y va poniéndose una tras otra la maravilla de joyas que saca del estuche con sus dedos largos y aristocráticos.

—¿Estás ya lista, Gaby? André dice que nos esperan en la terraza—le dice María.

—En cuanto desaparezco de su lado cinco minutos ya está preocupado por mi ausencia.

—¿Y no le gusta que se muestre tan atento contigo?

—Sí... Pero a veces me gusta quedarme ensimismada, pensando que soy la mujer más feliz del mundo... y no lo puedo conseguir... Voy a ser la mujer de un hombre que me adora; tengo todas las joyas que se me antojan y todos los lujos que me apetezen; pero a pesar de eso que aparentemente es la felicidad... sueño con lo único que no podré conseguir nunca...

—Creo que estás equivocada... André te quiere—insiste María, que no siente las complicaciones sentimentales de su amiga y está contenta de pertenecer a un hombre que la

viste bien, la halaga y la exhibe como pudiera exhibir un magnífico caballo de carreras.

—Quixá... Pero muchas veces me gusta acordarme de aquellos tiempos en que tú y yo éramos compañeras de trabajo en un mismo almacén y dedicábamos todos nuestros esfuerzos a vender guantes, cintas, pañuelos... y soñábamos en nuestro día libre para correr por París a nuestro antojo!... ¡Aquello era más bello que esto!

—No olvidés que el matrimonio no es ninguna diversión —comenta, práctica y previosa, Maria—. Pero en cambio es la seguridad del porvenir... Anda, vamos en busca de ellos, no hagamos que se impacienten más...

Bajaron a la terraza y encontraron a Giraud, Bertier y Llimane juntos.

—Buenos días, inspector, no sospechaba que estaría usted aquí a estas horas —dijo Gaby, contenta de volver a encontrarse frente a aquel hombre que le había ofrecido la ocasión de saludar a «Pepe Le Moko», del que tanto había oído hablar y leído en la prensa francesa.

—Como usted ve no he esperado mucho tiempo para gozar de la invitación que me hizo usted anoche... y aquí estoy.

—¡Encantada!... Porque además

podrá explicar a mi prometido dónde estaba yo anoche durante el tiroleo que hubo en la Casbah.

—Estaba conmigo —replicó Llimane con suave sonrisa y ligera inclinación, jugando con su bastoncillo que siempre tenía entre sus manos.

—¿Y quién vino a saludarnos? —insiste Gaby, que ha contado a sus amigos toda su aventura, sin lograr que le dieran crédito.

—Pepe Le Moko.

—¿El famoso bandido? ¿Ese de quien todo el mundo habla? —pregunta, nervioso y excitado, Bertier, que no es amigo de aquellas peligrosas amistades.

—A Pepe Le Moko le gustaría oírle hablar así —comentó Llimane.

—¡Bah...! ¡Un vulgar delincuente! ¡Qué capricho hablar con él! —dijo Giraud con desprecio.

—¿Le ha vuelto a ver? —preguntó Gaby con interés, desentendiéndose de su navio y de sus amigos, para entregarse toda entera al ansia de conocer más íntimamente la vida de Le Moko, de aquel hombre extraño, poderoso, valiente, que desde hacía algunos años vivía al margen de la ley y se burlaba de todas las rodadas que la policía le tendía.

—Sí; esta mañana.

—¿Y le ha hablado de mí?

—Indirectamente... sí.

—¡Ah... comprendo! Le ha hablado de mis perlas. Me di perfecta cuenta de que era lo único que le daba su atención.

—Está usted equivocada, señorita... Le Moko sabe admirar las perlas sin dejar de hacer lo mismo con la que las lleva...

—Eso significa que... si te robara las perlas... también te robaría a ti —dijo María, riendo, porque ella no sentía el influjo de aquel bandido que la tenía muy sin cuidado—. ¡Eso sería estupendo! ¡Me encantaría verlo!

—¿No te da miedo, Gaby? —inquirió Giraud, mirando a su prometida con un poco de inquietud.

—Al contrario... Me gustaría desahogarme...

—Esto tiene fácil solución... Puede visitar usted de nuevo la Casbah, con un guía que la conozca bien —insinúa Llimane, dejando que su cerebro trabaje constantemente y que las circunstancias vayan favoreciendo el plan que tiene trazado desde hace dos años y cuya solución sabe esperar con paciencia oriental.

—¡Magnífico! ¿Vendrás con nosotros, Andrés? —pregunta Gaby, entusiasmada con la idea de volver a aquel barrio tan lleno de color, tan intrigante, tan misterioso.

—No me gusta esa clase de aventuras...

—Entonces vendrá Máximo, ¿verdad?

—¡Oh...! ¡Oh...! Yo... bueno... a mí no me da miedo... Os acompañaré —replica Máximo, que tampoco es aficionado a correrías peligrosas y que preferiría estar sentado en la terraza de un café, escuchando los ecos de la orquesta.

—Bien, inspector, iremos esta noche, si es que a usted le viene bien.

—Por mi parte encantado, señorita... —replica Llimane con su sonrisa enigmática, porque ve que su plan se va desarrollando lenta, pero seguramente.

En aquellos momentos, desde lo alto de una de las terrazas de la Casbah, Pepe Le Moko mira hacia el mar infinito, el mar verde y azul que brilla como un espejo y se pierde en la lejanía hasta confundirse con el horizonte. Más cerca, en el muelle, los barcos están quietos, reflejándose en la superficie del agua, creando un mundo fantástico submarino. Le Moko mira con sus pupilas oscuras, dilatadas por el ansia, mira fijamente, como si viera allá, lejos, muy lejos, realizados todos los sueños de su alma.

—Pepe... ¿qué estás haciendo? —le interrumpe Inés, que se ha acercado a él en silencio, llevada por sus pies descalzos, que no parecen

pisar el suelo, tan suave y ágilmente caminan.

—Nada — contesta Le Moko, sin volver la cabeza y en tono seco.

—¿Qué es lo que miras con tanta atención?

—Francia.

—¿Francia?... ¡Pero si desde aquí no se ve Francia!—exclama la pequeña, mirando con sus ojos tristes, señadores, serios, hacia aquel punto misterioso y lejano en el que están fijas las negras pupilas de Le Moko.

—Me hago la ilusión de que la veo—explica él con nostalgia.

—Pepe... dime qué estás mirando con tanto interés—insiste la chiquilla.

—Los barcos.

—¿Y no te marea mirar tanto tiempo los barcos?

—Me mareas más tú con tus absurdas preguntas—gruñe Le Moko, a quien le gusta soñar y le molesta que vengán a interrumpirle sus sueños, cuando estos sueños van dirigidos a Francia, más concretamente, a París, el París de sus amores, la ciudad por la que siente una añoranza enorme en los días de morriña.

—¿Yo...? ¿Te molesto...?

—¡Déjame en paz! — replica él, apartándola de su lado con un empujón suave, porque no quiere hacerle daño.

—Entonces... ¿soy yo la que te estorba?

—No me gusta que me hablen cuando estoy con mis recuerdos.

—Pues, dime en qué estabas pensando... quiero saberlo — insiste la pequeña.

—¡Oh... me volverás loco si continúas así!—dice Pepe, paseándose nerviosamente de un lado a otro.

—Mejor si te vuelves loco... Grítame... hazme daño... ¡pero no me trates con ese desprecio!

—Déjame... Tú no puedes comprenderme.

—Si puedo... Siempre piensas en algo cuando tienes los ojos tan abiertos y miras tan lejos... Me gustaría saber si piensas en mí.

—Oye, Inés... Tú has vivido siempre en la Cashah... Para ti no existe en el mundo otra cosa mejor... pero para mí no... ¡Para mí es una cárcel! No sé si podré aguantarlo más...

—Si piensas marcharte de aquí... yo me iré contigo—afirma la niña con tesón, porque para ella la vida sin aquel hombre, en la Cashah o fuera de ella, no tendría sentido ninguno.

—Gracias...—replica él, evasivo e indiferente.

—¿No me llevarás?

—Veremos... ¡París está muy lejos!



—La Casbah es un barrio de Argel...



—¿Arrestarle en la Casbah...? ¡Sería imposible!—murmura Llimane.



Pepe sigue contemplando la perla hermosísima, que brilla con su luz suave y elegante.



—Desde hace dos años, la policía está intentando prenderla.



—Buenas noches. Me van a perdonar, pero tengo que marcharme.



—¿Cómo voy a estar interesado por ella... si ni siquiera sé su nombre?—explicó Le Mako.



—Yo no sé nada de Pierrot, es lo seguro.



—¿No teme por sus joyas?



—Dejadme libre el paso!... Dije: cuando me plazca. ¡Y me place ahora mismo!



—Parece que está usted muy contento, Pepe... ¿La ha visto hoy?



—¡Porqué eres un embustero!—grita La Moko.



—¡O cantes, o te ahogo...!—amenaza La Moko apretando un poco más la tenaza que forman sus manos en torno al cuello de L'Arbi.



...dió una larga mirada al buque...



Quería que Gaby le viera...

—No me importa.

—Es otro ambiente...

—¿Es que tú no serías feliz conmigo en París? ¿Tú crees que desmerecería a tu lado? ¡Contéstame!

—No se trata de ti... Inés. Tu mundo es la Casbah, tu vida está aquí... No puedes comprender lo que te digo... ¡He aguantado dos años... pero llega un momento en que ya no puedo más! Mañana, tarde y noche la misma gente, las mismas palabras, este ambiente putrefacto de las casas de la Casbah... ¡Ah, no puedo, no puedo más! ¡Es peor que la cárcel!

—Te has fastidiado de mí... murmura Inés, dolida, pesadosa, con un gesto de angustia y de pesar, que se refleja en sus enormes ojos verde azul.

—Eso no tiene nada que ver contigo... Necesito marcharme... y me iré...

—¡Ah...! ¿No tiene nada que ver conmigo?... ¡Bien! Pues ahora voy a decirte cuándo conseguirás marcharte... ¡Nunca...! ¡Nunca...! ¡Nunca...! —grita Inés en un gesto de rebeldía y de coraje, en el que vibra todo el salvajismo de su raza.

—Eso ya lo veremos.

—¡No podrás marcharte! ¡Jamás!... Has venido a la Casbah huyendo... te has refugiado en ella porque estabas perseguido, acorralado co-

me una fiera... y ahora no podrás salir... Intenta abandonarla y ya verás lo que ocurre... ¡Hasta aquí viene la policía para detenerte!... Sí, estás preso en la Casbah... no puedes moverte de ella... Estás en la Casbah, con una muralla a tu alrededor que no te dejan franquear... —¡Basta...! ¡Ya está bien...! ¡Cállate...! —grita Le Moko, que no quiere escuchar la verdad que bruta de los latidos de la cabileña.

—No tienes otra solución... ¡Nunca podrás marcharte!... ¡Y yo me alegro, sí, me alegro...! Ya no habrá Francia para ti... ni París... ni bulevares...

—¿Estás loco! —grita Pepe, exasperado.

Pero Inés se le abraza en un arranque de pasión, y rompiendo a llorar sin consuelo, le contesta, entre sollozos convulsos:

—No... ¡es que te quiero...!

Pepe acaricia los cabellos oscuros que sombrean la frente pálida de Inés y sonríe nostálgico. No le impresiona aquel amor infantil de la chiquilla. Le ha hecho compañía en sus horas de soledad en la Casbah populosa, pero no ha llegado a penetrar en el corazón del ladrón intermiccional, que suspira por su patria lejana.

Aquella misma noche, cuando Le Moko está jugando con Grandpers

y sus compañeros; viene Aisha descompuesta y trágica:

—Pepe... —le dice, porque todos acuden a él cuando se encuentran en un grave peligro o en un apuro—. Pepe, Pierrot ha desaparecido...

—¿Has ido a casa de Chani?

—Sí... y a la taberna de Tcha... y a la de Ali Babá... Y he estado también en los Argelinos... No le he encontrado en ninguna parte... ¡Hace tiempo que debía haber vuelto!

—¿Vuelto? ¿De dónde?—pregunta Pepe, mirando por primera vez a la muchacha.

—De la calle del Abrevadero...

—¿Ha ido a la ciudad? ¿Y que ha ido a hacer allí?

—A ver a su madre.

—A ver a su madre... ¿Cómo es eso? ¿Quieres explicarte?—dice Le Moko, dirigiéndose a Aisha con una expresión dura en el semblante, porque comprende que nada bueno puede esperarse de aquella prolongada ausencia.

—Recibió una carta de su madre —explica Aisha, llorosa—. Se la trajo Arbí, el moro, y entonces Pierrot se marchó con Régis... y luego Régis ha vuelto y él no...

—¿Dónde está Régis?

—En los Argelinos.

—Vamos allá... ¡Gil, Max...! ¡acompañadme!

Los tres hombres van al café de los Argelinos, y cuando Régis los ve llegar se levanta de la mesa y, sigilosamente, intenta escapar a las miradas de los hombres que le buscan; pero Pepe le sujeta por un brazo con una fuerza de hércules, y le dice, sonriendo, como si ninguna mala intención le animara:

—¿Por qué tanta prisa, Régis?

—No... no... si no tengo prisa...

—Bueno... entonces ven conmigo. Estoy esperando a Pierrot y podemos esperarle juntos.

—Pero... oye, Pepe... yo... yo tengo que irme...

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan nervioso? ¿No has dicho que no tienes prisa?

—Sí... no... bueno, es que... No estoy nervioso, no, ¿por qué he de estar yo nervioso?

—Eso mismo digo yo.

—Tal vez sea porque como acostumbra no decirme ni adiós, cuando lo haces yo no lo espero y me sorprende... y cuando no lo haces yo...

—Bueno, escucha, Régis... hasta ahora yo no he sabido apreciarte bien, y veo que estaba equivocado... Ahora todo cambiará... Ven conmigo, Régis.

—¿A dónde?

—A cualquier rincón tranquilo donde podamos charlar. Me han contado grandes cosas sobre tu valentía. ¿Te sorprende, eh? Hasta me han contado que has llegado a demostrarla... acompañando a Pierrot a la ciudad...! Ah... no todo el mundo hubiera hecho lo mismo! Y además... has vuelto solo aquí... y en esto sí que hay verdadero peligro, chico... De modo que ahora ya sabes por qué he cambiado por completo mi opinión respecto de ti.

Pepe le ha ido llevando, cogido fuertemente del brazo, empujándolo, a través del café, por escalerillas y pasadizos, hasta un cuartucho inmundito y destartado. En los ojos de Regis brilla el pavor y una intensa palidez le cubre el rostro. Comprende que Pepe no le encierra allí para nada bueno y, además, todos los camaradas de Le Moko van llegando y montando vigilancia en torno a él. Regis tiene miedo, un miedo que le hace temblar todos sus miembros y castañear los dientes. Un copioso sudor le mana de la frente. Es una angustia mortal la que se ha apoderado de él al verse prisionero de sus propios enemigos.

—¿Dónde has dejado a Pierrot? —pregunta Le Moko en tono apremiante.

—Yo... no sé... no recuerdo bien. Yo solo quise ayudarlo...

—¿No te importará que te refresque un poco la memoria?... Lo dejaste en la calle del Abrevadero.

—Fue a ver a su pobre madre.

—¿Cómo estaba?

—Yo... no... la... vi...

—¿Por qué no?

—Porque... es... ta... ba... en la ca... ma... — dice Regis, que casi no puede hablar por el fuerte temblor que le agita.

—Esto habrá sido un disgusto enorme para el pobre Pierrot, porque él creía que su madre estaba en Francia...

—Recibió una carta de ella... — dice Regis, sin darse cuenta de que él mismo se descubre.

—¿Tú la leíste?

—Sí... creo que sí...

—Y le acompañaste a la ciudad, le dejaste allí abandonado... y has vuelto solo...

Regis tiembla aún más cuando ve entrar a Carlos, el atleta con porte de presidiario, que debe tener sobre su conciencia más de un crimen.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta, sentándose junto a Regis, al que mira con mirada aviesa, como si fuera ya a saltarle al cuello para darle un cuchillazo en la yugular.

—Charlábamos amistosamente...

—replica Pepe—. Regis ha hecho una cosa magnífica... Se llevó a Pierrot a la ciudad...

—...y ahora estamos esperando al pobre Pierrot... — concluye Grandpere.

—¿Por qué «pobre Pierrot»? — pregunta Pepe.

—Porque se dejó acompañar por Regis... Aunque puede que lo que yo quiero decir... es que estamos esperando a Pierrot con el pobre Regis...

Regis se seca el sudor que le mana del rostro, angustiadísimo, y mira a todas partes como si buscara un hueco por el que deslizarse y huir.

—¿Tienes calor?

—Sí... Me ahogo...

—Anda, descansa y no te inquietes... Ya comprendemos que te preocupe la vuelta de Pierrot... Anda, tuma esto, bebe... te aliviará... ; Pero no rompas el vaso! — rio Pepe, con perversidad, escuchando el castañeteo de los dientes de Regis, que repican en el cristal del vaso.

Regis bebe y vuelve a secarse el sudor. Su angustia va creciendo.

—No comprendo lo que me ocurre—murmura, con los ojos desorbitados.

—Ya se te pasará... Dentro de una hora estarás mucho mejor.

—Deja que me vaya, Pepe... Dejarme marchar... No he hecho nada...

—Pues, quédate... No te queremos ningún mal... Con la fiebre que

tienes no puedes salir a la calle... ¿Quieres un cigarrillo? Vamos, no vengas con remilgos... Fuma... esto te aplacará los nervios... Eras muy amigo de Pierrot, ¿verdad?

—¿Era...? ¡Soy amigo de Pierrot!—balbucea Regis.

—Buena... pues no pensarás marcharte antes de que se vuelva... Querrás también saber por qué ha tardado tanto, ¿no es eso? ¡Pobre Regis!... La fiebre te aumenta... Estoy preocupado por ti.

—¡Está muy congestionado! ; No me extrañará si explota dentro de un rato!—comenta Grandpere, que fuma en la más perfecta calma.

—Yo no sé nada de Pierrot, os lo aseguro!... Pepe, deja que me vaya... tú ya me conoces... ya sabes cómo soy... Anoche fui yo el único que vino a avisarte que la policía te buscaba...

Todos los hombres se burlaban de Regis, le animaban con una palabra y con otra le hacían sentir el terror más espantoso. Carlos, Gil, Max, Grandpere, todos le hablaban y le decían cosas capaces de poner los pelos de punta al más valiente. Y Regis sentía que si no podía salir pronto de allí, ya no saldría nunca más.

También entró Inés en la habitación. Inés no se apartaba nunca de Pepe, siguiéndole dondequiera que

fuese, siempre dispuesta a hacer por el cualquier sacrificio que le pidiera.

—¿Qué estáis haciendo? — preguntó la muchacha.

Pepe fue a ella, la cogió por un brazo, la sacó de la habitación y desde la puerta le ordenó:

—Vete a la calle del Abrevadero y procura averiguar alguna cosa sobre Pierrot. Trata de encontrarlo y tráenlo aquí en seguida... Se marchó con Regis... y si logras traerlo puede que Regis mejore un poco...

—Está bien... Voy ahora mismo.

Pero al llegar a la calle, Inés ve al inspector Idimane acompañando a una mujer bellísima, de una belleza blanca y deslumbradora: la misma que la noche anterior ha hablado con Pepe después del tiroteo de la policía, y, envolviéndose en un chal, vuelve a entrar en la casa en lugar de ir a cumplir la misión que Pepe le ha encargado.

El inspector consigue saber dónde está Pepe Le Moko, y le hace avisar por uno de sus compinches, que viene a llamarle y en voz baja le dice unas palabras que nadie acierta a escuchar.

Pepe se levanta, mira a Regis y a sus amigos, y les dice:

—Vuelvo en seguida... Cuidad a Regis... Nunca abandonéis a un amigo cuando os pueda necesitar...

Y al pasar junto a Aisha, que espera con la angustia reflejada en sus negras pupilas de mora, le acaricia la mejilla con suavidad y murmura:

—¿Estás intranquila, pequeña...?

Luego baja, cruza algunos pasadizos y entra en el café donde están reunidos los parisinos junto al inspector. María y Máximo han hecho funcionar el gramófono y bailan, mientras el inspector, sentado en un rincón apartado, dormita apaciblemente.

Pepe se acerca a Gaby que lo mira con aquella amplia sonrisa que descubre su dentadura blanca, apretada y perfecta, que puede competir en fulgor con las perlas maravillosas de su collar, y le pregunta con aquel gesto de fatiga y de desdén que siente hacia todo y hacia todos desde que se ha visto forzado a vivir refugiado en aquel barrio que para él constituye como una espantosa prisión:

—¿Ha vuelto usted otra vez para ver al lobo en su guarida?

—Es posible... pero no creo en su ferocidad —replica Gaby, ofreciéndole con el gesto una silla al lado suyo.

—¿Le gusta la Cashah?—pregunta Le Moko, sentándose.

—Todavía no la conozco bien.

—¿Y Argel?

—No me gusta viajar... Me produce nostalgia... Si al levantarme por la mañana no puedo contemplar París desde mi habitación, no soy una mujer dichosa... ¿Usted conoce París?

—¡París! ¿Que si conozco París? ¡Ah...! Rue Saint Martin...

—Champs Eliseés...

—Gare du Nord.

—L'Opera... Boulevard des Capucins...

—La Chapelle... Rue Montmartre...

Y en aquella evocación de calles y plazas, en un momento dado, los dos a un tiempo pronuncian el mismo nombre:

—Place Blanche...

Y los dos se ríen como dos chiquillos. La Place Blanche los rejuvenece, volviéndoles a su primera infancia.

—¡Qué mundo tan pequeño!—ríe Pepe.

—¡Y qué lejos estamos de nuestra Francia!—suspira Gaby con añoranza.

Carlos, desde la trastienda, hace signos a Pepe, indicándole que quiere hablarle. Creyendo que ha habido noticias de Pierrot, Pepe se acerca a Carlos, que mira a la desconocida y dice:

—Si yo estuviera en tu lugar... se le quitaba todo ahora mismo y

dejaba el asunto de Regis para después.

—¿Qué quieres decir?

—Que todas esas joyas estarían ya en mi bolsillo... y que estás perdiendo el tiempo.

—¡Calla y vete!—gruñe Pepe, volviéndole la espalda y acercándose de nuevo a Gaby.

—¿Hablaban ustedes de mí?

—Sí... se preocupa mucho de usted... de todo lo que lleva encima... ¿No teme por sus joyas?—inquire Pepe, mirando la magnificencia de brazaletes, collares y arellos que lleva la muchacha.

—No... mientras esté con usted—asegura ella, con perfecto dominio de sí misma, o con entera convicción de lo que dice.

—Gracias...—replica Pepe, tomándole la mano y contemplando más de cerca las joyas que la engalanan... ¡Qué hermosa pulsera!

—¿Le gusta? Vea... no peca nada—dice ella, quitándose la y entre-gándola confiadamente al ladrón.

—Esto podrá valer unos veinte mil francos—calcula Le Moko, mirándola al traluz para apreciar mejor el brillo de la pedrería.

—Añada usted un cero.

—¡Oh... no...! ¡Me refería a lo que me darían por ella! Tome... póngasela...

—Usted mismo—ofrece ella, ex-

tendiendo el brazo y dejando que Pepe le abroche el brazalete en torno a su brazo.

—¿Quiere bailar?—pregunta Pepe, invitándola.

—Sí.

Salen a la pista y bailan en silencio, pero sólo un momento, porque Pepe pregunta, mirando a los ojos de aquella mujer, que son las joyas más hermosas que jamás ha visto:

—¿Cómo se llama?

—Gabriela, pero me llaman Gaby.

—¿Casada?

—No.

—¿Cómo que no? ¿Con quién ha venido, entonces?

—Con mi prometido.

—¿Es celoso?

—Mucho.

—¿Están en algún hotel?

—En el Arletti.

Gaby, sin saber por qué, lanza una carcajada.

—¿De qué se ríe usted?—pregunta Pepe, muy serio.

—De nada.

—¿Qué pena que no nos tengamos más confianza?

—¿Por qué?

—Porque le daría un par de bofetones... Cuando alguien se ríe cerca de mí, quiero saber de qué se ríe.

Gaby mira a su alrededor y murmura, recordando:

—¡Ah!... todo esto me recuerda cuando yo era niña... Me gustaba mucho bailar en la calle... en las fiestas... Por Año Nuevo... ¡qué maravilloso era!

—...en el Colegio — concluye él, como si adivinara su pensamiento.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cree usted que yo no hacía lo mismo? ¿Dónde vivía usted entonces?

—En la Rue de La Brayere.

—Yo iba a la escuela de al lado.

—Entonces hemos sido casi compañeros...

—Vamos... aquí hace mucho calor... salgamos a la terraza... — le dice Pepe, cogiéndola con suavidad de la mano y arrastrándola hacia la terraza.

—¿Se ve bien el puerto? — pregunta ella.

—Se ve casi Montmartre... y la Place Blanche... — susurra Le Moko, con los ojos entornados, evocando en su corazón aquellos barrios y aquellas calles por las que hace dos años suspira—. ¿Cuándo volverá usted a la Casbah?—pregunta luego, mirándola muy de cerca.

—No sé... Salgo muy poco... No puedo dejar a mis amigos... Pero volveré...

—¿Cuándo?—apremia él, que se siente embriagado por el perfume de aquella mujer, perfume que hue-

le a primavera purísima, a día de lluvia en los jardines de las Tullerías, a mañana de sol en el Luxemburgo, a niebla de los muelles, a humedad del Sena... Y es que en aquella criatura condensa él toda su patria lejana y amada.

—Mañana—contesta ella, sin darse cuenta de lo que dice.

—¿Está segura de que vendrá?

—Siempre cumplo mi promesa... Pero ahora déjeme—suplica Gaby, que ve el rostro del hombre tan cerca del suyo, que un calofrío de terror le recorre todo el cuerpo.

—¿Tiene miedo?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?—pregunta él, dejándola, retrocediendo un paso, inclinándose respetuoso ante aquella criatura que le es sagrada, porque es el alma de su patria—. Mañana la esperaré... aquí...

—¿Qué fortuna que no podamos encontrarnos en la Place Blanche!—sonríe ella, con su brillante sonrisa esmaltada de perlas.

Pepe la ve volver al lado de sus amigos, y con un gesto en el que condensa todas las ansias de hombre libre, vuelve hacia el lugar donde ha dejado a Regis y a sus compinches, vigilándolo; pero al ir a cruzar el pasillo, se encuentra con Inés que le mira con la mirada extraña de aquellos ojos color del mar, de

un verde obscuro, más obscuro cuanto más serios y dolidos están.

—¡Inés!... ¿Qué sabes de Pierrot?

—Aún no sé nada.

—¿No has ido a la ciudad a buscarlo?

—No... No he querido dejarte aquí solo... Quería vigilarte a ti.

—¿Yo no necesito que me vigiles! Haz lo que te he mandado!

Sin replicar, la chiquilla corre por las escaleras, seguida de Pepe.

Le Moko va a atravesar el café para subir al cuartucho donde está encerrado Regis, cuando sus ojos reflejan el más espantoso dolor: acaba de ver a Pierrot, a su niño predilecto, al chiquillo al que ha tratado como a un hijo, pálido el semblante, descompuesta la actitud, sujetándose con una mano el abdomen deshecho por las balas de pistola que le han estallado en el vientre, ensangrentado, sosteniéndose a duras penas, y preguntando, con la voz débil, extraviada la mirada y el vello endurecido por el sufrimiento:

—¿Dónde está ese...?

—¿Quién?—pregunta Pepe, acercándose a él y sosteniéndole en sus brazos fuertes.

—Ese bandido de Regis... Fue una emboscada, Pepe... No quise hacerle caso y ese bandido me denunció... Ha sido una emboscada... una

canallesca emboscada que me tendió Regis...

—Ven—dice Le Moko simplemente.

Casi en brazos le conduce hasta arriba y abre la puerta del cuartucho donde Regis juega a cartas con los demás, apoderado de aquella mortal angustia que ahora culmina en un grito de terror:

—¡No...! ¡No...! ¡No...!

Pierrot está allí, en los brazos de Pepe, que le ha puesto una pistola en la mano que le queda libre. Con la izquierda se oprime el abdomen sanguinolento y destrozado, y con la derecha, cuyo pulso está firme aún, apunta a Regis, que se ha levantado y va retrocediendo, retrocediendo hasta el último rincón del cuartucho sórdido y misérrimo. La escena es trágica, desoladora, escalofriante... Todos están mudos y se han hecho a un lado para dejar libre el paso al que viene herido, al que todos quisieran ayudar, al que le daría cada uno de ellos la vida, si pudiera ser, con tal de que lograra vengarse del traidor, del subarde espía, del despreciable denunciador, de aquella sabandija asquerosa que ha sido capaz de tender una infame celada, de la que ha sido víctima el más inocente, el más insensitivo de la banda.

Sólo la voz de Regis se escucha:

una voz que el espanto estrangula; una voz que parece salir de sus mismas entrañas; una voz que tiembla y que ruje al mismo tiempo:

—¡No...! ¡No...! ¡No...!

Pierrot, siempre sostenido por Pepe y por Carlos que se ha acercado a ellos, avanza penosamente, apuntando la pistola contra Regis; pero las fuerzas le fallan, se tambalea entre los brazos que le aguantan, y es Carlos el que aprieta el gatillo que los dedos agarrotados de Pierrot no pueden ya hacer funcionar. El golpe seco del disparo... y dos cuerpos caen al suelo sin vida: el de Pierrot, agotado por el esfuerzo; el de Regis, herido por la bala certera que le ha hecho saltar la tapa de los sesos.

Pepe se inclina sobre el cuerpo del chiquillo, le acaricia la frente, le besa la mejilla hielada. El espanto está en sus negras pupilas que no brillan con el triunfo del vencedor, sino que tienen una luz siniestra, como si en parte se sintiera culpable de la muerte de aquel muchacho que ha sido su mejor compañero en los dos años de vida que llevan en la Casbah, y sale, silencioso y anonadado, del lugar donde acaba de ocurrir el suceso.

Aisha entonces, Aisha que lo ha presenciado todo, Aisha que ha visto llegar a su novio moribundo, con

el vientre desgarrado, Aisha que no ha dicho ni una palabra ni ha hecho un gesto ni ha dejado que se moviera el más pequeño músculo de su cara misteriosa, mientras Pierrot ha vivido... ahora que le ve muerto, tendido en el suelo como una figura de cera y sangre, se arroja sobre él y llora con un gemido largo y prolongado, por el que se escapa todo el dolor de su alma de mujer enamorada.

—¿Y Pierrot?...—pregunta Inés, encontrando a Pepe con el rostro demudado.

—Todo ha terminado...—replica éste con voz grave.

—Es lo mismo que dijeron ellos...

—¿Quiénes?

—Tus amigos... ése que han estado contigo... Tuvieron miedo cuando vieron llegar a Pierrot en aquel estado... y se han marchado... Han dicho que no volverían más...

Pepe oculta el rostro entre las manos. ¿Llora? Ni él mismo lo sabe; pero si se pueda llorar sin lágrimas, sí, está llorando... Acaso por la muerte de Pierrot... acaso por la muerte de sus esperanzas... Así, en estas circunstancias, después de lo que acaba de ocurrir, la Castah le tiene apresado más que nunca entre sus poderosas tentáculos.

* * *

Doa días después, Ulimane ha venido a hablar con Pepe Le Moko. El inspector no se aleja nunca demasiado de aquel hombre poderoso, valiente, al que se ha propuesto vencer, no con sus mismas armas, porque bien sabe que sería inútil, sino con la astucia y el talento, con la paciencia y la perseverancia.

—Hice por el desgraciado Pierrot todo cuanto usted hubiera hecho, Pepe—le dice—. Estaba yo solo en el cementerio en el acto del entierro y cumplí con todas las costumbres rituales de su país. Arrojé un puñado de tierra y unas flores sobre el cadáver, para que perfumen su estancia en aquel lugar inevitable... Me hago cargo que habrá sido muy duro para usted no haber podido acompañarle hasta ese momento y decirle adiós en su último viaje. Usted era su mejor amigo, Pepe, y sé cuánto está sufriendo por él... y por usted mismo, porque se siente usted ahora más prisionero aún de la Cashah... Pero yo sé que llegará un día en que nada ni nadie podrán

impedir su fuga... Y se escapará usted de la Cashah, a pesar de todos ellos, a pesar del peligro que para usted supone salir de aquí, a pesar de todas las reflexiones que se le puedan hacer...

—¡Yo saldré de aquí cuando me parezca!—replica Le Moko, levantando la frente, que hasta ahora ha tenido apoyada en sus manos, en un gesto de desaliento y de desesperación.

—No lo dudo... pero el día que lo haga... procure que no se entere nadie... Si quiere creerme a mí, hágalo como lo hizo Pierrot: con los pies por delante... Cuando esto sea un hecho nadie dejará de saludarle, contento de abrirle paso...

—¡No seré yo el cadáver!—afirma Le Moko, que ha comenzado a pasearse nerviosamente y que grita a Gil, que ha puesto un disco en el gramófono—: ¡Basta de música! ¡Acaba ya! ¡Estoy cansado de todo ese quirigay que estás armando con ese maldito aparato!

Logo pasea otra vez en silencio

y al fin pregunta, dirigiéndose al inspector, que le mira de soslayo, con su sonrisita insinuante, con sus ojos un poco oblicuos, tras los cuales se oculta algo que le halaga y le satisface, porque está en consonancia con lo que desde hace dos años está planeando:

—¿Y ella...? ¿Cómo sigue?

—¿Quién?

—La que usted sabe.

—Me temo que no la verá más...

En su última visita tuvo usted mala suerte, porque ella se llevó una mala impresión de la Casbah... Lo lamento — replica Llimane con sus finas maneras, que son como el silbido de la serpiente, muy finas, pero muy perniciosas.

—¿Por qué ha de lamentarlo?

—Por usted... porque parece que esa mujer significa mucho en su vida.

—¿Mi vida!... ¿Su!... —ríe, con una carajada, Pepe Le Moko.

Y como ve que Lués le está mirando fijamente, fijamente, como hipnotizada, le pregunta con un grito que la sobresalta:

—¿Qué haces tú ahí, mirándonos como si estuviéramos locos?

—¡Ah!... ¡Conque ella es la única causa de tu pena...! — murmura la muchacha, pensando en aquella mujer que ha venido a robarle la felicidad, que ha venido a

quitarle lo único que tiene en el mundo.

—¡Déjame en paz! ¡Siempre con tus tonterías! ¡Voto! ¡He dicho que te marches! ¡Fuera... fuera! ¡Y tú también, imbécil! ¡Y tú...! ¡Y tú... —grita, echando a todos sus camaradas, dándoles fuertes empujones, obligándoles a dejarle solo, porque ya no puede sufrir más la presencia de todos aquellos que han sido hasta hoy sus amigos y compañeros inseparables.

—Parece que está usted cansado de todo — comenta Llimane, dando vueltas entre sus manos al bastoncillo que le acompaña.

—¡Harto! — afirma Le Moko con energía.

—Yo la traería aquí otra vez si me fuera posible... pero creo que no tendré ocasión de hacerlo...

—Hay tipos que parece que van a meterse el mundo en su bolsillo... y en cuanto una mujer les mira un poco, se vuelven más blandos que mantequilla — dice Carlos, que aún continúa en la habitación.

Pepe lo empuja hacia la puerta y de un puntapié le echa fuera.

—Tus amigos no tienen tacto, mi querido Pepe — murmura Grand-père que fuma pacientemente en un rincón, con aquella calma suya que jamás se sobresalta ni aun ante los más inusitados hechos—. ¡No saben

respetar la sublimidad de este momento!... ¡Oh!, yo sé bien cuánto cuesta vivir entre toda esa canalla... pero...

— ¡Dejadme... dejadme todos! ¡No quiero escucháros más! ¡No me quedare aquí encerrado como en una jaula! Soy libre, libre como el aire ¡y ya me he cansado de todo! Me he cansado de veros, de escucháros, de estar entre vosotros... ¡Nadie podrá detenerme! ¡No necesito vuestra protección! ¡Soy libre de hacer cuanto me plazca! ¡Libre!... ¿Lo habéis oído...? ¡Libre!

— ¡Pepe... vas a caer en una celada! ¡Te lo aviso yo, que soy viejo y sé lo que digo! ¡Vas a caer en una celada, como cayó Pierrot!—le advierte Grandpere.

— ¡No lograrán tocarme! ¡Me voy a la ciudad! ¡Dejadme libre el paso!... Dije: «cuando me plazca.» ¡Y me place ahora mismo!

— ¡Pepe! — gime Inés, queriendo detenerle echándose a su cuello.

De un brusco manotazo la aparta de sí:

— Déjame, idiota...

— ¡Se ha vuelto loco! ¡Se va a la ciudad! ¡No quiere hacerme caso! — murmura Grandpere, echando unas bocanadas de humo lentas y largas, como si deshiciera en ellas todas las preocupaciones que levan-

ta en su mente la huida de Pepe Le Moko.

Pepe avanza por las calles tortuosas que descienden en rápida pendiente hacia la ciudad, hacia el mundo civilizado al que él no puede, no debe acercarse, si estima en algo su vida. Avanza rápidamente, saltando los amplios peñales de que están formadas aquellas callejas que tantas veces ha recorrido y de las que hoy huye, como si estuviera poseído.

Y es que en realidad está poseído por la nostalgia, por la lejanía de la Patria, por el ansia de volver a ella... Y camina por la Casbah, como si anduviera ya por las calles de París. En su imaginación ve el bullicio de los bulevares, la severa majestad del Arco de Triunfo alzándose sobre el fondo azul del cielo otoñal al fondo de la Avenida de los Campos Elíseos; ve la belleza luctuosa de la Magdalena y ante ella la elegancia de la Rue Royale. Ve la Plaza de la Concordia, la más bella del mundo; y a continuación los jardines de las Tullerías que conducen, como en un sueño de infinita hermosura, hasta el palacio del Louvre. La cúpula de los Inválidos, luciendo con los últimos fulgores del sol de la tarde. La Torre Eiffel perdiéndose en lo alto del firmamento, entre la niebla del ano-

cheer. Le parece hallarse en medio de la Place de l'Étoile en la que convergen todas las grandes avenidas, la del mariscal Foch, la de Kleber, la de la Grande Armée, la de Hoche... ¡Ah! ¡París, París, París le llama con su voz de sirena, con toda su belleza magnífica, con todo el encanto que emana de ella, con la subyugante hermesura que a tantos ha fascinado y a tantos ha perdido!

Tras él, corriendo con sus pies descalzos que parecen tener alas, va Inés, decidida a no dejarle llegar a lo que ha de ser su perdición. La multitud que invade las calles de la Casbah, malolientes, tétricas, tortuosas, amedrentadoras, tan distintas del maravilloso paisaje que se abre ante los ojos del alucinado, se interponen entre ambos, pero a Inés la lleva su amor, y el amor la hace vencer dificultades, salvar obstáculos, saltar distancias.

Consigue llegar a Pepe, porque éste, en su delirio, ha tropezado en una piedra y ha caído al suelo.

—¡Pepe...! ¡Pepe... no salgas... no te marches... no vayas a la ciudad!—le grita, viéndola que se ha puesto en pie y está dispuesto a proseguir.

No falta más que descender la gradería que conduce de lo alto de la Casbah hasta el bulevar de la ci-

dad que pasa a sus pies con toda su civilización en evidente y chocante contraste con el tipismo de aquel barrio indígena en el que han parecido quedarse dormidos los siglos pretéritos y remotos.

—¡Por favor, Pepe, no sigas...! No quise decirte antes... pero ella está ahora en la Casbah... en tu propia casa... Te espera...

Estas palabras son el influjo mágico que vence su resistencia. Sin responder vuelve sobre sus pasos, retrocede todo el camino andado y llega, con la misma precipitación, a su casa, que revuelve hasta el último de los rincones.

—¿Dónde está...? — pregunta severo y amenazador a Inés, que le sigue mirando con aquellos ojos que no se apartan nunca de él—. ¿Dime dónde está...? ¿Por qué me has mentado, reptil inmundó?

—Porque creí que era el único medio para persuadirte de que no te marcharas... Si te hubiera rogado que lo hicieras por mí, ni siquiera me hubieras escuchado — confiesa ella con encantadora ingenuidad.

Pepe se deja caer en un diván, mira a Inés y sonríe. La inocencia de la chiquilla le desconcierta a veces.

—No sé cómo no estás harta de un tipo como yo — le dice, riendo y acariciándola torpemente—. ¡Ah,

nunca pensé que yo pudiera ser tan imbécil!... Tú te mereces un hombre mejor que yo.

—No me importa lo que yo merezco. Sólo sé que al único que quiero es a ti.

—¿Por qué? ¿No ves que yo no soy nada?

Inés se ha sentado a su lado y se agazapa junto a él como una gatita friolenta.

—¿Recuerdas el amuleto que me diste? — pregunta, mostrando la magnífica sortija que luce en su dedo índice—. Me trae suerte...

—Nos trae suerte, querrás decir... Esta vez por lo menos.

—Cuando estaba siguiéndote, la apretaba con toda mi fuerza... ¿No sabías qué correrías con tanta velocidad!

—No olvides que tengo práctica —sonríe él, pensando en las muchas veces que ha tenido que correr huyendo de la policía—. ¿Pero nadie me había alcanzado hasta ahora? La próxima vez tendrás que darme ventaja.

—¿Es que te volverás a marchar? —inquire ella, volviendo a su tristeza y a su seriedad.

—No te preocupes... Antes tendré que descansar — murmura él—. Tengo sed.

—Yo iré a buscarte algo que beber.

Inés sale, y antes de que vuelva, Pepe se marcha a la calle, atraído por algo que no puede definir; como si una voz misteriosa le llamase; como si alguna fuerza magnética le atrajese.

En la calle encuentra a Gaby, sola esta vez, sin compañía alguna.

—No me esperaba, ¿verdad? — dice la joven al ver la sorpresa que se refleja en el rostro de Le Moko—. Le dije que vendría y aquí estoy. ¿No se alegra de que esté otra vez aquí?

Pepe la coge por un brazo y la obliga a entrar en la casa. Se sientan frente a frente. Ella viene vestida con un sencillo traje de calle. Está tan bella como cuando va cargada de joyas y vestida de gala.

—¡Qué bonita eres! — murmura Le Moko, contemplándola extático, porque en aquella mujer ve reunidas todas las bellezas de Francia, la patria lejana—. Ya sé que no digna original, que otros te habrán dicho también lo mismo... Pero lo que yo quiero expresar es diferente... Para mí eres algo nuevo e inesperado... Cerca de dos años he estado extraviado entre densas nieblas... Ahora éstas se disipan y apareces tú en mi vida... No sé cómo he podido esperar tanto tiempo, sabía que habías de venir, te presentía... ¿Sabes tú lo que representas para mí?

¡París! ¡París con todos sus encantos y sus placeres! ¡París!... Me escaparé contigo... ¿Querrás? Iremos los dos a París, a la gran ciudad, y gozaremos de sus mañanas alegres, de luz pálida, embellecidas algunas de ellas por aquella lluvia fina y menuda que se prende como una gasa de novia entre los árboles... ¡Qué bonita!... Eres maravillosa... ¿Y sabes lo que más me recuerdas? El bosque, el bosque perfumado de mil aromas, fresco, jugoso, sutil, quieto, apaciguado... ¿Qué escuchas? —le pregunta, viendo que ella tiene fija la atención en algo que él no puede oír.

—Escucho mi propio corazón como palpita.

—¿Será que estás enamorada?

—Tal vez.

—¡Eres preciosa!... Las perlas se hicieron para ti... Me inspiras los mejores pensamientos... Me recuerdas todo el encanto y todo lo bello de París... ¿Qué es lo que hacías antes?

—¿Antes de qué?

—De llevar tantas joyas...

—Me dejaba deslumbrar por ellas

—replica Gaby tristemente. Y reaccionando, añade—: Tengo que marcharme... Nadie sabe que he venido aquí...

—¿Y si no vuelves mañana?

—Suponte que no... ¿Es que no

vas a intentar nunca abandonar la Casbah?

—¿Por qué lo dices?

—¿Es que no puedes salir de aquí? —insiste ella.

—No... Estoy encerrado como una bestia feroz... sin salida posible... ¿Qué piensas de esto? —inquiere él, mirándola fijamente con el ansia reflejada en sus pupilas oscuras y brillantes.

—No sé qué decirte... Estoy muy triste... Me da mucha pena tu historia...

—Oye, Gaby... Si mañana no vuelves, haré lo que sea para verte... Ten la seguridad de que iré a buscarte al Hotel... de que cometeré cualquier locura...

—Volveré mañana.

—¿Mañana?... Hasta mañana, pues... ¡Qué bonita eres, Gaby!... ¿Te sientes feliz?

—¿Y tú me lo preguntas? —replica ella, sonriendo con aquella inefable sonrisa que descubre su dentadura perfecta, la dentadura que puede competir con el collar de perlas que siempre adorna su garganta.

Le Moko la acompaña hasta la calle y la confía a un mero amigo:

—Acompaña a la señorita hasta el Bulvar Marengo —le dice.

Espera hasta que la ve alejarse calle abajo, andando ágil y esbelta,

teniendo de elegancia toda aquella podredumbre que le rodea.

Gaby cree que ha venido sola hasta la Casbah, y Pepe está seguro de que nadie ha sorprendido su clandestina entrevista con la parisina; pero Llimane sonríe desde su escondite, mueve su bastón con agilidad, como en las grandes ocasiones en que ve próximo el triunfo, y se confunde con la multitud, sin que ni Le Moko ni Gaby se hayan dado cuenta de su presencia.

Al día siguiente Pepe está contento como un colegial en día de vacaciones. Desde la terraza solada donde está dando lustre a sus zapatos, cuenta con alegría de pájaro libre mientras en la calle sus amigos le escuchan extrañados de aquello que no es habitual en Le Moko, que tiene más bien un carácter retraído y hermético.

—¿Qué es lo que te pasa hoy, Pepe? — pregunta Inés que, como siempre, está a su lado.

—¿No lo sabes? ¡Hoy es mi gran día! ¡Día de fiesta!... ¡Todo el mundo está de fiesta!

—Pero si no es domingo...

—Es domingo porque yo lo quiero. Tu mayor defecto es creer en los días de la semana... Yo no creo en ellos... El día que yo estoy contento, ese día es domingo. Hoy me voy a pasear por los bulevares...

y luego tengo una cita en la Place Blanche...

Acaricia la mejilla de la muchacha, se alicaña, se viste como para un día de fiesta y baja a la calle, encontrándose de manos a boca con el inspector Llimane, que, como de costumbre, pasea por las calles de la Casbah con un porte recogido, humilde, insignificante, baja la cabeza, dando vueltas a su bastón, y no dejando que escape a su penetración de linca ni el más pequeño detalle de todo aquello que a él le puede interesar.

—Parece que está usted muy contento, Pepe... ¿La ha visto hoy? — le pregunta el inspector, mirándole intencionadamente.

—¿Lo gustaría saberlo?

—¡Oh...! ¡Desde que ya no se fía usted de mí... figúrese las cosas que quisiera saber!

—¡Pero qué veo! — exclama Pepe, levantando el fez que cubre la cabeza de Llimane—. A nuestro querido inspector le han tomado el pelo...

—¿Ha venido ella a verlo? — sigue preguntando el inspector.

—El pelo corto no le favorece, inspector... ¿Por qué no prueba marcarse ondas?

—¿Espere usted que vuelva? — continúa Llimane, sin hacer caso

de la burla inofensiva de que La Meka le hace objeto.

—Lo malo en usted, inspector, es que le gusta inspeccionar demasiado... — responde Pepe, hundiéndole el fex hasta los ojos, y alejándose de allí con su paso cadencioso que le da una elasticidad al cuerpo de una elegancia insuperable.

Unas horas más tarde el inspector llega al Hotel Arletti y llama a Giraud, con el que quiere hablar.

—Usted dirá, señor inspector... Estoy impaciente desde que telefoné usted desde la Casbah... ¿Cómo siguen esos asuntos?

—Bien... bien... Pero la misión que ahora me trae es... ¿cómo diría yo?... es algo delicada... pero muy necesaria... Simplemente: quiero que sepa usted que su prometida es demasiado aficionada a... a eso que pudiéramos llamar el color local de la Casbah.

—¿Eso le inquieta? — pregunta Giraud, que no parece comprender bien lo que el inspector intenta insinuar.

—La Casbah no es un sitio apropiado para que vaya allá una mujer sola... y menos cuando la mujer es joven y bonita como la señorita Gaby... Llama demasiado la atención, excita los deseos, despierta las ambiciones... Nosotros, naturalmente, procuramos protegerla de

todo peligro... pero ese peligro puede fácilmente ser evitado... procurando que no vuelva a la Casbah...

Giraud comprende, saluda al inspector y sube a las habitaciones de Gaby.

—Perdona que venga a molestarte — le dice, cuando ha obtenido el permiso para entrar en ellas—. ¿Vas a salir? — añade, al ver a Gaby poniéndose el sombrero y el abrigo.

—Sí.

—¿Dónde vas?

—De paseo... a los Campos Elíseos — replica ella, riendo.

—Tengo derecho a exigirte que me des una respuesta más sensata.

—En cuanto me hagas una pregunta más lógica. ¿Dónde quieres que vaya? No conozco a nadie en Argel. Salgo simplemente a paseo, al azar.

—¿Y el azar... hacia dónde te lleva? — insiste Giraud, un poco violento, porque es celoso y no le gustan los misterios.

—Te lo diré cuando vuelva.

—No volverás, porque yo no te dejaré salir.

—Claro que sí que saldré, querido... Este hotel me aburre, y cada día que pasa, este departamento me parece más sombrío y más triste. Hasta luego.

—Sabía que no me harías caso.

¡Tú vas a la Casbah! ¡Fuiste ayer, y quieres volver hoy!

—¡Ah...! ¿Lo sabías? — murmuró Gaby, sin perder su sonrisa ni su aplomo.

—Y vas allá para ver a Pepe Le Moko.

—¿Has estado espíandome?

—¡Gaby!... ¡Vas a ser mi esposa y tengo derecho a saber qué es lo que haces en una ciudad tan llena de peligros como es ésta. ¡No permitiré que te partes de esta forma!

—Me alegro que me lo digas, porque así ya sé a qué atenerme... Vámonos a hablar claro, puesto que te empeñas. ¿Por qué crees que me caso contigo?... Jamás te he engañado... Sabías que no te quería cuando prometí casarme contigo, y tú aceptaste la situación tal como yo te la ofrecía. Hasta que no sea tu mujer, haré lo que me plazca, te parezca o no bien.

—¡Te prohíbo que salgas de aquí!

—Pierdes el tiempo.

—Si te vas ahora, será mejor que no vuelvas nunca más — dice Giraud, exasperado por la resistencia de Gaby.

—Supongo que habrás meditado bien lo que dicen.

—Sí... y también te recomiendo a ti que hagas lo mismo.

—Lo haré... ¡Adiós!

Gaby, decidida, iba a salir a la calle, pero Llimane se interpuso en su camino y le rogó en su tono insistente y dulce:

—No vaya...

—¿Dónde? — inquirió Gaby, extrañada de aquel consejo que ella no pide.

—A la Casbah... El señor Giraud intentaba evitarle un disgusto... No ha querido decirle toda la verdad, tal como se la ha dicho yo a él... Se ha dado una batida para capturar a Pepe Le Moko esta misma tarde... y hasta cierto punto ha tenido éxito. —asegura Llimane, bajando los ojos e inclinando el cuerpo con fingida humildad.

—¿Le han detenido? — pregunta Gaby, que se ha quedado pálida.

—Algo peor... ¡Lo mataron!

Gaby se dejó caer en una silla. Ya no tenía interés en salir. Ya no le importaba la Casbah, ni Argel, ni París, ni el mundo entero... Había encontrado al hombre... y el hombre desaparecía de su lado cuando ya creía haber hallado, con él, la felicidad soñada, porque ella siempre había soñado en un hombre así, un hombre que lo desafiara todo, un hombre que se saliera de lo vulgar y lo corriente... Ya comprendía que su cerebro estaba enfermo al pensar así, que un criminal como Le Moko no podía hacer la dicha de una mu-

jer, pero ella soñaba en Pepe, porque no podía verle como un bandido, como un ladrón, como un delincuente, sino que le veía con sus ojos románticos como un paria de la sociedad al que ella tenía que amparar y proteger.

Giraud tomó rápidamente su determinación ante aquella noticia. Pidió pasaje para el primer barco que zarpara con rumbo a Francia. El «Ciudad de Argel» salía a la mañana siguiente, a las diez en punto, y encargó cuatro pasajes de primera clase.

—Supongo que tú también te vendrás con nosotros... —le dijo a Gaby que no había desplegado los labios desde que recibiera la noticia por boca de Ilimane—. Que no pretenderás quedarte al funeral... Anda, bebe un whisky para que te anime... ¡Las mujeres todas sois tontas!

Gaby no contestó. Dió media vuelta y miró por el gran ventanal que abría sobre el paisaje exótico de Argel. Sus ojos se fijaron en el barrio alto, en aquel barrio entretajido de crímenes, de bajas pasiones, de perversidades, que constituía como un mundo aparte, en aquel barrio de la Casbah, hacia el que volaba su corazón.

Y en el corazón de la Casbah, Pepe Le Moko se consumía de impa-

ciencia. Gaby no venía, como había prometido. Gaby no había vuelto. Las horas se hacían lentas y Pepe Le Moko estaba consumido por la impaciencia y por la ansiedad.

—¿Qué le pasa a Pepe? —pregunta Carlos a su mujer, viendo pasar a Le Moko con una expresión de dolor en el rostro.

—¿Nunca has tenido disgustos amorosos, querido? —le replica ella, un tanto irónica.

—Sí... muchos.

—No lo dirás por mí... ¿eh?

—No... Yo soy como Pepe... pero no soy tan romántico como él. ¡Ha perdido una gran ocasión! ¡Ha tenido millones en sus manos y los ha dejado escapar! ¡Y ahora tendré que ir yo solo a la ciudad a ocuparme de la hisutería de esa señora...! Vamos, Pepe, no pongas ese gesto agrio, ¿por qué no cantas?

—¿Y tú por qué te metes en lo que no te importa?

—A eso voy... He pensado que puede interesarte saber que me marcho a la ciudad...

—¿A qué? —inquire Pepe, mirando fijamente a su compinche.

—Me pasa lo que a ti... Estoy aburrido.

—¿Tienes algún proyecto?

—Voy a dar un vistazo por allí.

—¿Y cuándo te vas?

—Ahora mismo... A no ser que quieras que te espere.

—¿Quieres hacerme un favor? Necesito que me lleses una carta —dice Pepe, tomando una determinación.

—Llevaré lo que sea con tal que no pese... ¡Atiza! Ya sé de lo que se trata... Bien, nunca hice de cartero de Cupido... pero ya me las compondré...

Pepe escribe rápidamente unas líneas y se las entrega, cerradas en un sobre, a Carlos:

—Vas al Hotel Arletti... Entrás por la puerta de servicio... le das a quien esté allí una buena propina y le dices que esperas contestación.

—No te preocupes... No volveré con las manos vacías...

—Te esperaré en tu casa.

—Volveré dentro de dos horas. Díselo a Tania.

—Bien... ¡Buena suerte!

Le Moko marchó a casa de Carlos y se tendió en un diván a dormir, en espera del regreso de su compañero, en espera, mejor dicho, de la contestación de aquella carta, de la cual dependía su vida toda.

Se quedó dormido y despertó al cabo de mucho tiempo:

—¿Qué hora es, Tania? — preguntó a la obesa esposa de Carlos:

—¿Las nueve y diez?

—¿Nada más? — dice Pepe, que

tiene la sensación de haber dormido más tiempo.

—¡De la mañana...! — replica Tania con un gran suspiro.

—¿Y Carlos?

—No ha regresado aún. Le he esperado toda la noche... y me gustaría que ya hubiera vuelto...

—También me gustaría a mí... ¿Qué pasa, Inés? — inquirió Pepe, viendo a la muchacha que es como su sombra, asemar su rostro original y enigmático por la puerta.

—Te hemos estado buscando por todas partes... ¿Por qué no estás en tu casa?

—Porque estoy aquí. ¿Qué quieres, L'Arbí? — inquirió, viendo al mozo extraño, de modales afeminados, que siempre camina por las calles de la Casbah como si fuera bailando alguna danza de rito ancestral.

—Tengo que hablar contigo a solas, Pepe — dice L'Arbí, mirando con recelo a las dos mujeres.

—¿Es que tenemos la viruela, que nos tienen miedo? — gruñó Tania.

—Tania tiene razón... Habla...

—Pepe... yo tengo vergüenza de mí mismo... — comienza a decir L'Arbí, dando muchos rodeos.

—¿Qué quieres decir con esto?

—¡Oh, Pepe, es mucho peor de lo que tú crees! Deberías empezar in-

saltándome... ya sé que me lo merezco...

— ¡Te das demasiada importancia! — asegura Le Moko, que desprecia olímpicamente a aquel reptil.

— ¿Te acuerdas de aquella carta de la madre de Pierrot?... Fui yo quien me encargué de dársela a Aisha... pero yo no sabía que fuera de la policía... Si hubiese sabido que estaba escrita por Regis yo nunca lo hubiera hecho... ¡Nunca!

— Sigue.

— En realidad fue una mujer quien me dió la carta... Si hubiese sabido de quien era yo no la hubiera ni tocado... Soy un infame confidente, lo sé... me desprecio a mí mismo. Por eso he venido a verte...

— ¿Para qué?

— ¡Oh... perdóname, Pepe, no lo puedo resistir ni un minuto más! Quisiera poder conservar tu amistad...

— ¿Mi amistad?

— Sí... para que me creyeras un poco... y he venido a decirte que... que han cogido a Carlos.

— ¿Qué le ha pasado a Carlos?

— grita Tania, asustada.

— La policía lo ha cazado.

— Primero Pierrot... Ahora Carlos... y luego serás tú, Pepe...

— murmura Inés, angustiada.

— ¿Cuánto te han pagado por ven-

derle? — pregunta Pepe, cogiendo al mero fuertemente por el vestido y sacudiéndolo con rabia.

— Si hubiera cobrado no estaría aquí...

— ¿Quién lo ha hecho?

— El inspector Louvain... Una docena de hombres le rodearon... y le prendieron...

— ¿Hubo tiroteo? — preguntó Tania.

— No... Lo hicieron todo en silencio, con mucho cuidado y gran rapidez.

— ¿Cómo sabes tú esto?

— Estaba en la comisaría cuando llevaron a Carlos... charlé con él un rato... y me dió una carta... la que tú le habías dado... y me dijo que la llevara al hotel...

— Cada vez que alguien envía una carta... él es quien se encarga de cursarla — dice Inés, acusando a L'Arbí.

— ¡Tú cállate!...

— No tengo por qué callarme, cuando tú escribes cartas a otra mujer. ¡Nunca me escribiste cartas a mí!...

— ¡Cállate!... De modo que tú fuiste al hotel con la carta... ¿Y te la dieron?

— ¿El qué? — pregunta L'Arbí.

— La respuesta.

— Ella dijo que te escribiría... pero no pudo. La vigilan muy de cer-

en todos... Me dijo que fueras hoy mismo... Podrás hacerlo sin ningún riesgo, si entras por la puerta de servicio que hay detrás del hotel... Ella te verá desde su ventana.

—¿Eso es todo?

—Ella hubiera querido venir... pero no se lo permiten... — murmura L'Arbí.

—¡Tú no puedes ir allí, Pepe... te cogerán! — grita Inés, que tiene la seguridad de que todo es una trampa.

—Te he dicho que te calles... Sigue, L'Arbí...

—Ella está esperando tu contestación... ¿Qué tengo que decirle?

—¡Ah...! ¿Está esperando mi respuesta?

—Sí.

—Se la voy a dar yo mismo, L'Arbí... Tú quédate aquí — dice Le Moko, decidido.

—Pero, Pepe...

—No te preocupes... mis amigos cuidarán de ti muy bien... hasta que yo regrese.

—Pero... es que ella me espera a mí... — dice L'Arbí, descubriéndose.

—¿Qué...?

—No... nada... me queda... nada...

—Bueno, no tengo prisa... Primero háblame de Carlos — dice Le Mo-

ko volviendo sobre sus pasos... ¿No te dió ningún recado para mí?

—No.

—¿Le registraron mucho?

—Sí — asegura L'Arbí, que comienza a sentir vacilaciones y escalofríos.

—¿Ah...! Entonces le quitarían los cinco mil francos...

—Sí.

—¿Estás seguro de que Carlos no te dió el dinero a ti?

—No.

—¿Estás seguro?

—Palabra de honor.

—¿De qué...? — pregunta Pepe con el más absoluto desprecio.

—Fue Lourain el que se quedó con la pasta... Metió los billetes en un cajón...

—Bien... Decías que Gabby no pudo escribir porque estaba muy vigilada... ¿No es eso?

—Sí.

—Pues entonces no será posible que pueda verme.

—Por la puerta de servicio del hotel, sí.

—No la entiendo.

—Es... que... que se va de viaje...

—¡Ah...! ¿Pero, por qué no pudo escribirme?

—Estaba allí su novio...

—Entonces... ¿cómo pudo hablar contigo?

—¡Oh...! ¡Oh...! Por... por... que... que... — balbucea L'Arbí, que se encuentra cogido en sus propias redes.

—¡Porque eres un embustero! —grita Le Moko cayendo sobre él como una tromba y acogotándole para asustarle y hacerle cantar—. Y hay otra cosa que no está muy clara en toda esa historia... ¿Cómo es que Louvain pudo quitarle cinco mil francos a Carlos, cuando Carlos no llevaba ni un céntimo en el bolsillo?

—No lo sé... no lo sé... sólo sé que los llevaba...

—Y ahora otra cosa... ¿Tú crees tan imbécil a Carlos como para darte mi carta?

—Pero...

—¡O cuantas... o te ahogo...! —amenaza Le Moko apretando un poco más la tenaza que forman sus manos en torno al cuello de L'Arbí.

—Pero... tu carta...

—¿Me tienes por tan estúpido como para que crea que te la ha dado a ti? ¡O cuantas o te estrangulo!

—Te he dicho la verdad...

—¿Has venido para que te dé mi respuesta... y saber si irá a la ciudad?

—Claro... sí... a eso he venido...

—A una mujer que la tienen tan vigilada... no le es fácil hacer tantas cosas... Empiezo a cansarme,

oyes... y voy a hacer lo que he dicho...

—¡Per la gloria de mi padre! —implora L'Arbí en cuyos ojos se refleja el miedo.

—¡Qué gloria si murió ejecutado! Carlos ha sido detenido, y esto es lo único que creo.

—Ya te lo dije.

—Que leíste mi carta... también lo creo.

—También te lo he dicho.

—Hasta aquí todo va bien... pero lo demás todo es mentira. ¡Ahora di la verdad, condenado!

—No la sé...

—Te voy a retorcer el cuello para que la digas.

—Te la diré, Pepe, te la diré... pero no aprietes tanto... déjame... te la diré... — gime L'Arbí, que siente que ya casi le falta la respiración.

L'Arbí, al sentir que las manos de Pepe se aflojan, da un hondo suspiro.

—Ilumíname lo ha plaseado todo...

—Sigue.

—Y me envió a mí para convencerte... El cree que tú irás a verla...

—Sigue.

—El hotel está rodeado... te esperan para echarte el guante.

—¿Y tú la has visto?

—No.

—¿Por qué no vino ayer aquí?

—Le dijeron que te habían matado... Es lo que ella cree.

—¡Ah...! — murmuró Le Moko, reflexionando y sonriendo con alivio, porque así ya puede tener todavía fe en ella.

—Se marcha esta mañana en el «Ciudad de Argel». Ilimane es quien lo ha tramado todo...

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Gracias...

Le Moko se levanta, dispuesto a salir. Ahora ya tiene tomada su resolución. Conoce la verdad. Sabe que ella se marcha y quiere verla antes de partir... o partir con ella, si la suerte lo favorece lo bastante.

—No vayas, Pepe, no vayas... No puedes abandonarme... ¿Qué te he hecho yo? — implora Inés con los ojos arrasados en llanto.

—No me queda otra solución, Inés... Eres una buena muchachita, pero estas cosas no las puedes comprender... ¡No es culpa tuya!

—¡No permitiré que te vayas!... ¡No puedes irte! ¡Te matarán!

—La culpa será de la Casbah... — responde Le Moko, indiferente.

—¡La culpa es de ella! — exclama la chiquilla que siente todo el furor de sus celos—. La quieres tanto que ya no te importa ni siquiera perder tu propia vida por verla.

—Mi vida es ella — afirma Le Moko saliendo a la calle y echando a correr, pero esta vez con tal impetu, con tanto ardor, con una marcha tan atlética, que Inés no puede alcanzarle aunque corre tras él gritando:

—Pepe... Pepe... Espera... No te vayas... ¡No salgas, por favor...! ¡No salgas de la Casbah!...

Pero ya Pepe ha bajado los últimos peldaños del barrio indígena, ha detenido un taxi, se ha metido en él y a toda marcha se ha alejado de lo que hasta entonces ha sido su más seguro refugio.

Inés fué recorriendo toda la Casbah tras de Pepe Le Moko, y, cuando le vió subir al coche, en el bulvar que pasa al pie del barrio indígena, bajó a saltos la escalera que descendiendo hasta la ciudad y corrió al hotel para intentar parar el golpe que presentía estaba preparado contra Le Moko.

Cautelosamente rodeó el edificio y buscó la puerta de los criados, situada en la parte posterior del mismo. Abrió la cancela, cruzó el patio, caminó sobre la punta de sus pies desnudos y, cuando iba ya a abrir la puerta que daba al interior del hotel, salieron varios policías que la cercaron. Uno de ellos era Ilimane.

—No la esperábamos a usted ci-

tamente, Inés... — murmuró el inspector, mirando a la chiquilla con su eterna sonrisa tras de la que disimulaba siempre todos sus pensamientos.

— El no vendrá aquí... — replicó Inés, sombría.

— ¿De veras?

— No... Se ha ido al barco...

— ¿Y usted pretende que yo la crea? — rió Llimane, creyendo que era un ardid de la chiquilla para desviarles hacia el muelle y salvar así a aquel hombre al que sabía amaba de verdad.

— Le aseguro que ha ido allí a buscarla...

— ¿Y eres tú quien viene a delatarlo? ¡Nunca lo hubiera imaginado, Inés! ¡Ah... así sois las mujeres! Prefiero verlo muerto por la policía antes que verle en manos de otra mujer...

— No... no... yo no quiero esto... Lo que yo quiero es no perderlo... que vuelva a la Casbah, a mi lado... He venido a defenderle, a ampararle, a arrancarle de las manos de la policía... — dice Inés precipitadamente, mirando con angustia a aquellos hombres a quienes ve dispuestos a realizar un plan de ataque que ella no logra adivinar.

— ¡Ah!... — reconoce Llimane... Y yo que creía haber planeado bien hasta el más pequeño detalle... Si

nos descuidamos, lo perdemos... Porque yo no contaba contigo, Inés. Si tú no llegas a venir, nosotros habríamos estado aquí esperando... y él se hubiera marchado tan tranquilo, escapando a nuestra vigilancia... Has prestado un buen servicio a la justicia, pequeña...

— No, no... yo no he venido a eso... Por favor, señor inspector... Haga que vuelva a la Casbah...

— No volverá... te lo aseguro, pequeña.

— ¡Oh...! Reteneces usted... usted ha sido el que lo ha arreglado todo para que él...

— Sí, para que Pepe Le Moko cayera en una trampa... Eso es lo que he hecho... Era el único medio de poderlo capturar... Vámonos...

— No... no... no pueden hacer eso... no pueden... — llora Inés, al darse cuenta de que por su culpa ha perdido a Le Moko, de que podrá pensar que ella le ha delatado, y esto es lo que más le duele; lo que no puede sufrir, lo que le causa tan agudo dolor que está próxima a desfallecer.

Pero se anima y corre ella también hacia el muelle, porque quiere presenciar el final de aquella celada que la policía ha tendido... Casi preferiría ahora que Pepe pudiera huir en el barco... aunque a ella le costara esto la muerte. ¿Pero qué

le importa morir, si Pepe ya no volverá jamás a su lado?

Le Moko ha conseguido subir a bordo, ha recorrido todas las cubiertas en busca de ella, ha mirado por entre los cristales de las ventanas, en todos los salones, pero no logra descubrirla. Ve, en el fondo del fumador, a María y a los dos caballeros, pero no logra descubrir a Gaby que está precisamente sentada al pie mismo de la ventana por la que Pepe mira. Ni ella se da cuenta de la presencia de Le Moko, ni él acierta a descubrirla, hasta que, con un gran esfuerzo, cree verla entre sombras, allí, a dos pasos de él, separada únicamente por esta ventana que permanece cerrada, y, cuando va a llamar con todas sus fuerzas en los cristales, las manos se le quedan en alto, suspensas, en un gesto que no es la primera vez que adopta. Lentamente vuelve la cabeza y se encuentra encañonado por las pistolas de los policías a los que Llimane dirige.

—Lo siento, Pepe... Le detengo en el momento preciso... Si me retraso un poco, hubiera conseguido su propósito de escapar... — le dice, apesadumbrado en el fondo, porque Pepe es un amigo noble y siempre se ha portado bien con él.

Fué a ponerle las esposas, pero Le Moko le suplicó:

—Todavía no... se lo ruego...

—Como quiera... No puedo negarle un favor a un viejo amigo.

Bajaron del barco, cuando la voz de mando daba la señal de retirarse a todos los visitantes. Iban a levar anclas en seguida. Le Moko bajó sin maniatar, como un visitante más, sólo que rodeado por la policía. Al terminar la pasarela, Llimane le puso las argollas.

Pepe Le Moko dió una larga mirada al buque, luego se fijó en Inés que estaba a su lado, como siempre, y le volvió la cabeza con desprecio. Adivinaba que en su afán de servirle, le había delatado, y no se lo perdona.

Caminaron hacia los muelles, y cuando hubieron traspuesto la verja de la aduana, Le Moko suplicó de nuevo:

—Permítame quedarme aquí hasta que se vaya el barco... Se lo suplico... No intentaré huir...

—Lo comprendo... Quédese... —replicó Llimane, condescendiente, seguro de que Le Moko cumpliría su promesa.

Pepe se quedó junto a la verja, con las manos agarradas fuertemente a sus barrotes, como si estuviera ya en presidio. Vió cómo levantaban el ancla, oyó el estridente sonido de la sirena que era como un lamento agudo y desgarrado que le destroza-

ba el alma, contempló el Pabellón Francés ondeando con toda la gallardía de sus colores que le encendían el alma de patriotismo, y vió, al fin, a Gaby salir a cubierta, apoyarse en la barandilla, y mirar con nostalgia a tierra, hacia la parte alta de la ciudad, hacia la Casbah, hacia aquel barrio que entreteja sus terrazas que eran como la atalaya del mar.

—¡Gaby!... ¡Gaby!... ¡Gaby!
—gritó, con toda la fuerza de sus pulmones.

La sirena, en su tercer toque, ahogó su grito, y el barco comenzó a despegar del muelle, separándose lentamente, con una lentitud que prolongaba más y más el dolor de la despedida.

Le Moko sintió como un vértigo. Quería que Gaby le viera, que le dijera adiós, que supiera que él estaba vivo y que su último pensamiento era para ella, y, como vió que el barco se iba alejando, sin dar-

se cuenta de lo que hacía, abrió la verja y fué hacia él, como atraído por la ceguera de un abismo en el que había de caer sin remedio.

—¡Gaby!... ¡Gaby!... ¡Ga...!

Una detonación seca cortó su última palabra. La bala había salido cierta del revólver de uno de los policías que creyó que el res intentaba escapar, y el cuerpo de Pepe Le Moko cayó al suelo.

Ilimane corrió a él, le incorporó, le sostuvo la cabeza entre sus brazos, y como viera que Pepe entreabría los ojos y lo sonreía, le dijo:

—Lo siento, Pepe... Disparó porque creyó que se iba usted a escapar...

—Sí... eso es lo que voy a hacer... amigo mío... — murmuró Le Moko con una voz tan débil, tan débil, que con ella se le fue la vida...

Ilimane bajó la cabeza: había triunfado su astucia, es verdad; pero le dolía perder a aquel hombre al que siempre había considerado un amigo fiel.

Titulos disponibles:

SERIE "TRIUNFO"

Barrios de Nueva York, por Jockie Cooper y Martin Sallman.

Amar inmortal, por Lillian Harvey y Louis Jourvet.

El canillita y la dama, por Rosita Moreno. Redención, por Warner Baxter y Wallace Beery.

Cuando me siento feliz, Noche de estreno y Cuatro revoluciones (Serie Trío).

El secreto de Chan, Charlie Chan en la pista, Charlie Chan en la Opera (Serie Trío).

Master Wang en el Barrio Chino, por Boris Karloff.

Precio: 2'00 pes.

Miguel Stragoff, o El Curro del Zor, por A. Wohlbruck o Ivette Lobon.

Canción de cuna, por Dorotea Wlack.

El pequeño, por Felipín y Lucien Baroux.

Carnet de baile, por Marie Bel, Harry Baur y Raimu.

El sueño de Butterfly, por Maria Cebatori y Fosco Giachetti.

Doctor Intruso, por George Sanders y M. Mac-Guire.

Caravana de alba, por Jean Wilbert.

La ruta sin fin, por Victor Francen y Marcelle Chantal.

Suprema decisión, Edwige Feuillère.

Su nombre en las periódicas, por Margaret Lockwood, Barry Barnes.

El séptimo cielo, por James Stewart y Simone Simon.

Adorable intrusa, por Judy Canova.

Eso que llaman amor, por Annabella y Henry Fonda.

Una entre un millón, por Sonja Henie y Don Ameche.

Cominito de gloria, por Libertad Lamarque.

El caballero del antifaz, por Gino Cervi y Luisa Ferida.

La ley sagrada, por Micheline Presley y Marcelle Chantal.

Vuelta al ayer, por Olive Brock y Anna Lee.

La vida de Carlos Gardel, por Hugo del Carril.

Por otro querer, por Bárbara Stanwyck y Herbert Marshall.

Luz en las tinieblas, por Alida Valli y Fosco Giachetti.

Malodios eternos, por Gino Cervi y Conchita Montenegro.

Historia de una noche, por Sabina Olmos y Santiago Arrieta.

Lydia, por Marie Oberon.

Cabage, por Tyrone Power y Alice Faye.

Renace la ilusión, por Rina. Ucammatia e las Fula.

El joven Billson, por Mickey Ranney.

Precio: 2'50 ptas.

SERIE "PRODUCCIÓN ESPAÑOLA"

Sor Angélica, por Lina Yegros.

La hermana San Sulpicia, por Imperio Argentina.

Noblesse oblige, por Imperio Argentina.

La Dulcinea, por Agustín Godoy.

La hija de Juan Simón, por Pilar Muñoz y Carmen Amaya.

Bajo dos banderas, por Claudette Colbert y Ronald Colman.

El negro que tenía el alma blanco, por Marina Barrato y Antonita Colomé.

El cura de aldea, por Mary del Carmen y Juan de Orduña.

Morena Clara, por Imperio Argentina.

La Dulcinea, por Conchita Piquer.

Santa Rogelia, por Rafael Rivelles, Juan de Landa y Mimi Muñoz.

El 13.000, por Josita Hernán y Rafael Durán.

Paliza a bardo, por Lina Yegros.

Escuadrilla, por Alfredo Mayo.

Alma de Dios, por Amparito Rivelles.

Su hermano y él, por Antonio Vico y Enrique Guitart.

Tasca, por Imperio Argentina.

Sarasota, por Alfredo Mayo.

Pimentillo, por Josita Hernán y Rafael Durán.

La doncella de la Duquesa, por Carmen Gracia y Luis Peña.

Unos pasos de mujer, por Lina Yegros y F. Fernández de Córdoba.

Las millonaras de Pelichineta, por Marta Santaolalla, Manuel Luna y Luis Peña.

Torbellino, por Estrellita Castro.

Su Excelencia el Mayordomo, por María José Simó, Luis Prendes, Michel.

Legión de héroes, por Emilio Sautoral, Matilde Racher y Rosita Alba.

Porque te vi besar, por Pastora Peña y Luis Peña.

Flora y Mariana, por Blanca de Silos y Pastora Peña.

La blanca paloma, por Juanita Reina y Tury D'Algy.

48 horas, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.

Siempre mujeres, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.

Se ha perdido un cadáver, por Roberto Font.

La niña está loca, por Josita Hernán e Ismael Marín.

Mi vida en tus manos, por Ismael de Pomés y Julia Peña.

Deliciosamente tontos, por Amparito Rivelles y Alfredo Mayo.

Un caballero famoso, por Amparito Rivelles y Alfredo Mayo.

Composura, por Luchy Sola, Carlos Muñoz, etc.
El hombre de las muñecas, por Freyre de Andrade.

Precio: 2'50 pts.

Varios en existencia:

Cancionero Regional, 250 canciones regionales de gran éxito, 16 fotografías.

rubia peligrosa», «Luces de Viena». Con 22 fotografías.

Cancionero al día, 100 canciones modernas, 32 fotografías y biografías.

Cancionero «Fiesta y Alegrías», La canción máxima de Justito Valderama.

Precio: 2'50 pts.

Cancionero de hoy, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.

Cancionero Roberto Font. Las canciones máximas de este gran artista. Biografía. Anécdotas. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.

Precio: 3'00 pts.

Cancionero de los éxitos, 150 canciones de gran éxito, Jazz-Hot, Argentinas, Mexicanas, Cubanas, «Yolas», «La Centineta del Palaco».

Cancionero del momento, 128 canciones de Jazz, Hot y Melodías, 25 fotos exclusivas.

Emociones cinematográficas de un figurante (la vida de los extras en los estudios; alegrías y sinsabores de los extras; los secretos del cine). 3'00 pesetas.

Cancionero Tropical, 129 canciones. Los éxitos de todas las películas sudamericanas, de Repertorio «Música del Sur», Ediciones Hispania, Armónico y Música Moderna. 8 fotografías.

Ritmos de humor, por Fidelio Trimalción, 5'00 pts. (Lectura hilarante. Optimista. Agradable).

Cancionero Flamenco, Repertorio, autores e intérpretes del día. 34 fotografías.

Recortes de Prensa, por Antonio Losada, 2'50 pts. Los hechos mundiales más notables al día.

Cancionero de actualidad, Repertorio modernísimo. Los mejores intérpretes. Los éxitos más resonantes. «Si Fausto fuera Faustina», «Rumbo a pique», «Una

El hijo de Madame Butterfly, comedia de Mari que Gasanova y Francisco-María Blázquez.

Precio: 2'50 pts.





Ráfagas de humor

por

Fidelio Trimalción

cuya lectura le proporcionará
verdadero deleite.

Ráfagas de humor

Precio: 5 pesetas.



Pídalas a su librero

o a

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
los mejores asuntos
cinematográficos

EDICIONES BISTAGNE

